





HISTORIA DE LA CONQUISTA
DE MÉJICO.

TOMO QUINTO.

Se vende en la Librería de CORMON y BLANC

En LYON, calle Sala, nº 30.

En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

HISTORIA DE LA CONQUISTA
DE MÉJICO,
POBLACION Y PROGRESOS
DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL,
CONOCIDA POR EL NOMBRE
DE NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBÍALA

DON ANTONIO DE SOLIS,
Secretario de S. M. y su cronista mayor
de las Indias.

TOMO V.

PARIS,
LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1827.

HISTORIA DE LA CONQUISTA,

POBLACION Y PROGRESOS

DE

LA NUEVA ESPAÑA.

CONTINUACION

DEL LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO XI.

Alojado el ejército en Tezcuco vienen los nobles á tomar servicio en él. Restituye Córtes aquel reino al legítimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse.

Puso hernan Cortes su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasage, tratando solo de ganar aquellos ánimos que ya se debian mirar como rendidos; y pasó esta órden con mayor aprieto á las naciones confederadas por medio de sus cabos, cuya obe-

diencia fué mas reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortes, que no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el ejército en los palacios del rey fugitivo; y eran tan capaces, que halláron bastante alojamiento en ellos los españoles, con alguna parte de los Tlascaltecas; y los demas se acomodáron en las calles cercanas, fuera de cubierto, por evitar la extorsion de los vecinos.

Por la mañana viniéron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasage de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entonces habian experimentado; y propusiéron á Cortes, que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad; á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro cuanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues llegáron aquellos nobles en el trage de que solian usar para sus ac-

tos públicos y acaudillados al parecer por un mozo de poca edad y gentil disposicion que habló por todos, presentando á Cortes aquella tropa de soldados que venian á servir en su ejército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas. Á que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad que solicitaban la atencion sin desazonar el rendimiento. Escuchóle, no sin admiracion, hernan Cortes, y se pagó tanto de su elocuencia y despejo, sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los excesos del gusto, volvió á componer el semblante para responder menos alborozado á su proposicion.

Fuéron llegando los demas, y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó hernan Cortes con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian mas principales: y llamando á sus intérpretes, averiguó, á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenia dispuesto el cacique por complacer á los Mejicanos, el artificio con que ofreció el alojamiento de aquella ciudad á los españoles: la falta de valor

con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro; y últimamente, diéron á entender que haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos: punto en que los apuró hernan Cortes, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas; y halló en la respuesta cuanto pudiera fingir su deseo, porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el mas anciano de aquellos nobles: *que Cacumatzin, Señor de Tezcuco, no era dueño própietario de quella tierra, sino un tirano el mas horrible que llegó á producir entre sus monstruos la naturaleza, porque habia muerto violentamente, y por sus manos á Nezabal, su hermano mayor, para echarle de la silla, y arrancar de sus sienes la corona: que aquel príncipe, á quien habia tocado el hablar por todos, como el primero de lòs nobles, era hijo legítimo del rey difunto; pero que su corta edad negoció el perdon, ó mereció el desprecio del tirano; y él, conociendo el peligro que le amenazaba, supo esconder su queja con tanta sagacidad,*

que ya pasaba por falta de espíritu su disimulacion: que toda esta maldad se habia fraguado y dispuesto con noticia y asistencias del emperador mejicano que reinaba entonces, procurando servirse de su alevosía para destruir á los españoles. Pero que la nobleza de Tezcuco aborrecia mortalmente las violencias de Cacumatzin, y todos sus pueblos tenian por insufrible su dominio, porque solo trataba de oprimirlos, errando el camino de sugetarlos.

En este sentir se hizo entender aquel anciano, y apenas lo acabó de percibir hernan Cortes cuando le ocurrió en un instante lo que debia ejecutar. Acercóse al príncipe desposeido con algo de mayor reverencia, y poniéndole á su lado convocó los demas nobles que aguardaban su resolucion, y les dijo, mandando levantar la voz á sus intérpretes: *aquí teneis, amigos, al hijo legítimo de vuestro legítimo rey. Ese injusto dueño, que tiene mal usurpada vuestra obediencia, empuñó el cetro de Tezcuco, recien teñido en la sangre de su hermano mayor: y como no es dada la ciencia de conservar á los tiranos, reinó como se hizo rey, despreciando*

el aborrecimiento por conseguir el temor de sus vasallos, y tratando como esclavos á los que habian de tolerar su delito : y últimamente, con la vileza de abandonaros en el riesgo, desestimando vuestra defensa os ha descubierto su falta de valor, y puesto en las manos el remedio de vuestra infelicidad. Pudiera yo, si no fueran otras mis obligaciones, servirme de vuestro desamparo, y recurrir al de la guerra, sujetando esta ciudad, que tengo como veis, al arbitrio de mis armas; pero los españoles nos inclinamos dificultosamente á la sinrazon; y no siendo en la substancia vuestro rey el que nos hizo la ofensa, ni vosotros debeis padecer como vasallos suyos, ni este príncipe quedar sin el reino que le dió la naturaleza: recibidle de mi mano, como le recibísteis del cielo : dadle por mí la obediencia que le debeis por la sucesion de su padre: suba en vuestros hombros á la silla de sus mayores: que yo, menos atento á mi conveniencia que á la equidad y á la justicia, quiero mas su amistad que su reino, y mas vuestro agradecimiento que vuestra sujecion.

Tuvo grande aplauso esta proposicion

de Cortes entre aquellos nobles. Oyéron lo que deseaban, ó se halláron sin lo que temian; porque unos se arrojáron á sus pies, agradeciendo su benignidad; y otros, acudiendo primero á la obligacion natural, se adelantáron á besar la mano á su príncipe. Divulgóse luego esta noticia en la ciudad, y empezáron las voces á manifestar el alborozo del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bailes y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonias que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto hernan Cortes, como dispensador ó donatorio de la corona; con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó mas dueño de aquella gente, que si la hubiera conquistado: siendo este uno de los primeros que le diéron nombre de advertido capitan; porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de Méjico, y halló camino de obligar al nuevo rey con el mayor de los beneficios temporales:

de interesar á la nobleza en su restitucion, dejándola irreconciliable con el tirano : de ganar al pueblo con su desinteres y justificacion : y últimamente de conseguir la seguridad de su cuartel, que por otro medio fuera dudosa ó mas aventurada : quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho, en el desagravio de aquel príncipe, lo que pedia la razon : porque á vista de lo que importaban las demas conveniencias, daba el primer lugar á esta resolucion por ser mas de su genio, y porque siempre suponian algo menos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

CAPÍTULO XII.

Báutizase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco; y sale con parte de su ejército Hernan Cortes á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una celada que le tenian prevenida los Mejicanos.

Quedó Hernan Cortes aplaudido y venerado entre aquella gente : la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los Mejicanos : volvióse á poblar la ciudad, resti-

tuyéndose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes: y aquel príncipe vivia tan dependiente y tan rendido á Cortes, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de Méjico, pero le consultaba cuanto disponia; y aunque mandaba entre los suyos como rey, en llegando á su presencia, tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Seria de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenia capacidad de hombre nacido en tierra menos bárbara, de cuya buena disposicion se sirvió Hernan Cortes para introducirle algunas veces en la plática de la religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo mas seguro, que le puso en esperanzas de reducirle, porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion: tenia por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones fray bartolomé de Olmedo, y hallándole tan dudoso en el error, como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo, cuya funcion se hizo públicamente, y con gran solemnidad, tomando

por su eleccion el nombre de don hernando Cortes en obsequio de su padrino.

Trabajaban ya en la obra de los canales, por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad, y este príncipe dió seis ó siete mil indios, vasallos suyos, para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad; segun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortes caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de Méjico, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztacpalapa, puesto avanzado seis leguas adelante para quitar aquel abrigo á las canoas mejicanas que se acercaban algunas veces á impedir el trabajo de los gastadores, á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traer en algun ejercicio á los indios confederados que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza de respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Estaba situada, como dijímos, la ciudad de Iztacpalapa en la misma calzada por donde hiciéron su primera entrada los españoles, y en tal disposicion, que ocupando alguna parte de la tierra,

quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas, dentro de la misma laguna, cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre, al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortes á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los capitanes pedro de Alvarado y cristóval de Olid con trescientos españoles, y hasta diez mil tlascaltecas; y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo rey de Tezcuco, no se lo permitió, dándole á entender que seria mas útil su persona en la ciudad, cuyo gobierno militar dejó encargado á gonzalo de Sandoval; y á los dos, con todas las instrucciones que pareciéron necesarias para la seguridad del cuartel, y los demas accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Ejecutóse la marcha por el camino de la tierra, con intento de ocupar la ciudad por aquella parte, y desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictase la ocasion. Pero no faltáron noticias de este movimiento al enemigo; porque apenas dió vista el ejér-

cito á la plaza, cuando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres que habian salido á intentar su defensa en la campaña, con tanta resolucion, que hallándose inferiores en número, aguardáron hasta medir las armas, y peleáron valerosamente, lo que bastó, al parecer, para retirarse con alguna reputacion, porque á breve rato se fuéron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada, ni cerrar las puertas desapareciéron, arrojándose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los brios y las amenazas del combate.

Conoció Hernan Cortes que aquel género de retirada tenia señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su ejército en la ciudad, con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se halláron totalmente abandonados los edificios de la tierra; y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, resolvió, con el parecer de sus cabos, mantener aquel puesto y alojarse dentro de los muros, sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion.

Pero apenas tomáron cuerpo las primeras sombras de la noche, cuando se reparó en que rebosaban por todas partes las acequias, corriendo el agua impetuosamente á lo mas bajo; y Hernan Cortes conoció á la primera vista, que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que levantando las compuertas del lago mayor, lo podrian conseguir sin dificultad: riesgo inevitable que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada, en cuya ejecucion se ganáron los instantes, y todavía escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Salió Hernan Cortes asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los indios, como si cupiera todo en su vigilancia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su ejército á la campaña por el camino de Tezcuco, donde pensaba retirarse, dejando para mejor ocasion la empresa de Iztacpalapa, que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traer embarcaciones con que desviar de aquel parage á los Mejicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde

se padeció grande incomodidad, mojada la gente, sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa, que no se oyó una desazon entre los soldados; y Hernan Cortes que andaba por los ranchos infundiendo paciencia con su ejemplo, hacia sus esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desaire de su engaño, ó el escrúpulo de su advertencia.

Prosiguióse la retirada, como estaba resuelta, con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, mas porque necesitaba la gente del ejercicio para entrar en calor, que porque se rezelase nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos que venian siguiendo la huella del ejército. No se dejó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar el enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion, unos de la ofensa, y otros de la incomodidad padecida, cada cual segun el dolor que mandaba en el ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Hizo alto el ejército, y se volviéron

las caras cuando pareció conveniente; y los enemigos acometiéron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los españoles, que por venir mojada la pólvora no sirviéron las bocas de fuego, y los arcos de los Tlascaltecas detuviéron el primer ímpetu de su ferocidad; y al mismo tiempo cerráron los caballos. haciendo lugar á las demas tropas amigas que rompiéron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligáron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Volvió Hernan Cortes á su marcha, sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos, porque necesitaba de todo el dia para llegar á su cuartel antes de la noche. Pero los enemigos, tan diligentes en retirarse como en rehacerse, le volviéron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian, hasta que temiendo el peligro de acercarse á Tezcuco, donde tenian su fuerza principal los españoles, se volviéron á Iztacpalapa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues muriéron en esta repeticion de combates mas de seis mil in-

dios; y aunque hubo en el ejército de Cortes algunos heridos, faltáron solo dos Tlascaltecas y un caballo, que cubierto de flechas y cuchilladas conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Celebró Hernan Cortes y todo su ejército este principio de venganza, como enmienda ó satisfaccion de lo que se habia padecido; y poco antes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad con tres ó cuatro victorias de paso, que diéron garbo á la faccion, ó quitáron el horror á la retirada.

Pero no se puede negar que los Mejicanos tenian bien dispuesto su estratagema: hiciéron salida para llamar al enemigo: dejáronse cargar para empeñarle: fingiéron que se retiraban para introducirle dentro del riesgo: dejáron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar, y tenian mayor ejército prevenido, para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los indios, si eran, como dicen, rebaños de bestias sus ejércitos: y si tenian cabeza para disponer, puesto que les dejan la ferocidad para las ejecuciones. Necesitó Hernan Cortes de toda su diligencia para escapar de sus asechan-

zas, y quedó con admiracion, ó poco menos que envidia de lo bien que habian dispuesto su estratagema, por ser estos ardides ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniéndoles, no solo por razonables, sino por justos, particularmente cuando es justa la guerra en que se practican; pero en nuestro sentir les basta el atributo de lícitos, aunque alguna vez puedan llamarse justos, por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

CAPÍTULO XIII.

Piden socorro á Cortes las provincias de Chalco y Otumba contra los Mejicanos; encarga esta faccion á gonzalo de Sandoval y á francisco de Lugo, los cúales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador Mejicano.

Tenia Hernan Cortes en Tezcuco frecuentes visitas de los caciques y pueblos comarcanos que venian á dar la obediencia y ofrecer sus milicias: súb-

ditos mal tratados y quejosos del emperador mejicano, cuya gente de guerra los oprimia y desfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los cuales llegáron á esta sazon unos mensageros con diligencia de las provincias de Chalco y Otumba, con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un ejército poderoso del enemigo, que traia comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa: instancia que pareció, no solo puesta en razon, sino de propia conveniencia, porque importaba mucho que no hiciesen pie los Mejicanos en aquel parage, cortando la comunicacion de Tlascala, que se debia mantener en todo caso. Partiéron luego á este socorro los capitanes gonzalo de Sandoval y francisco de Lugo con doscientos españoles, quince caballos y bastante número de Tlascaltecas; entre los cuales fuéron, con tolerancia de Cortes, algunos de esta nacion, que porfiáron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido: permision en que se consideró, que aguardándose

nuevas tropas de la república, importaria llamar aquella gente con el cebo del interes: y con esta especie de libertad.

Iban estos miserables trocado el nombre de soldados en el de indios de carga, con el bagage del ejército; y como reguló el peso la codicia, sin atender á la paciencia de los hombros, no podian seguir continuadamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento de lo cual advertidos los Mejicanos, que tenian emboscado en los maizales el ejército de la laguna, los acometiéron en una de estas mansiones; no solo al parecer para despojarlos, porque hiciéron el salto con grandes voces, y tratáron al mismo tiempo de formar sus escuadrones, con señas de provocar á la batalla. Volviéron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, diéron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente, que apenas hubo tiempo entre recibir el choque y volver las espaldas.

Dejáron muertos seis ó siete Tlascaltecas de los que halláron impedidos y desarmados; pero se cobró la presa,

mejorada con algunos despojos del enemigo; y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atras aquellos inútiles, cuyo desabrimiento duró, hasta que penetrando el ejército los términos de Chalco, reconociéron poco distantes los de Tlascala, y se apartáron á poner en salvo lo que llevaban, dejando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldía de Chalco y Otumba; y sabiendo que venian los españoles al socorro de ambas naciones, se reforzáron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna; y formando un ejército de bulto formidable tenian ocupado el camino, con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, y dadas las órdenes que pareciéron necesarias, se fuéron acercando, puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha. Pero se detuviéron á vista del enemigo los españoles con sosegada resolucion, y los Tlascaltecas con mal reprimida inquietud para examinar desde mas cerca el intento de aquella gente. Hallá-

banse los Mejicanos superiores en el número: y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantáron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorándose al mismo tiempo los dos capitanes, despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas, echáron delante los caballos, cuyo choque, horrible siempre á los indios, abrió camino para que los españoles y los Tlascaltecas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga del enemigo; y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba, que saliéron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fué tan sangriento el alcance, que á breve rato quedó totalmente deshecho el ejército de los Mejicanos, y socorridas aquellas dos provincias aliadas, con poca ó ninguna pérdida.

Reserváronse para tomar noticias ocho prisioneros que parecian hombres de cuenta; y aquella noche pasó el ejército á la ciudad, cuyo cacique,

despues de haber cumplido con su obligacion en el obsequio de los españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente, sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido segun su costumbre al ordinario desconcierto de los regocijos populares. Eran los Chàlqueses enemigos de los Tlascaltecas, como súbditos del emperador mejicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedáron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los Chalqueses, que se halláron obligados á los Tlascaltecas, por lo que habian cooperado en su defensa; conociendo al mismo tiempo que para durar en la confederacion de Cortes, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediáron los españoles en el tratado; y juntos los cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos, de que usaban en este género de contratos: obligándose gonzalo de Sandoval y francisco de Lugo á recabar el beneplácito de Cortes, y los Tlascaltecas á traer la ratificacion de su república.

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevedad, se volviéron Sandoval y Lugo con su ejército á Tezcuco: llevando consigo al cacique de Chalco, y algunos de los indios principales, que quisiéron rendir personalmente á Cortes las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcuco esta faccion; y Hernan Cortes honró á gonzalo de Sandoval y á francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los cabos de Tlascala; y recibió con el mismo agasajo á los Chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luego traer á su presencia los ocho prisioneros mejicanos, y los esperó enmedio de sus capitanes, revistiéndose para recibirlos de alguna severidad. Llegáron ellos confusos y temerosos, con señas de ánimo abatido, y mal dispuesto á recibir el castigo, que segun su costumbre tenian por irremisible. Mandólos desatar; y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba, con otra diligencia de la paz, y hacerse mas considerable al enemigo

con su generosidad, les habló por medio de sus intérpretes en esta substancia.

Pudiera, segun el estilo de vuestra nacion, y segun aquella especie de justicia, en que hallan su razon las leyes de la guerra, tomar satisfaccion de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchillo y el fuego para usar con vosotros de la misma inhumanidad que usais con vuestros prisioneros; pero los españoles no hallamos culpa digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su Rey, porque sabemos diferenciar á los infelices de los delincuentes: y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo de la vida y de la libertad. Partid luego á buscar las banderas de vuestro príncipe, y decidle de mi parte, pues sois nobles y debeis observar la ley con que recibis el beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la mala guerra que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevosamente los pactos con que me dispuse á ejecutarla; y sobre todo, á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi

enojo. Que me hallo con un ejército en que no solo viene multiplicado el número de los españoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente le pienso buscar en su corte con todos los rigores de una guerra, que tiene al cielo de su parte, resuelto á no desistir de tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y ahogada en la sangre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero que si todavía, par excusar la propria ruina y la desolacion de sus pueblos, se inclinara á la paz, estoy pronto á concedérsela con aquellos partidos que fueren razonables; porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto los rayos celestiales, hieren solo donde hallan resistencia, mas obligadas siempre á los dictámenes de la piedad, que á los impulsos de la venganza.

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de soldados españoles á los ocho prisioneros, ordenó que se les diese luego embarcacion para que se retirasen por la laguna; y ellos, arrojándose á sus pies, mal persuadidos á la dife-

rencia de su fortuna, ofreciéron poner esta proposicion en la noticia de su príncipe facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volviéron con la respuesta, ni Hernan Cortes hizo esta diligencia, porque le pareciese posible reducir entonces á los Mejicanos, sino por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia: virtud que suele aprovechar á los conquistadores, porque dispone los ánimos de los que se han de sujetar, y amable siempre hasta en los enemigos, ó parece bien á los que tienen uso de razon, ó se hace por lo menos respetar de los que no la conocen.

CAPÍTULO XIV.

Conduce los bergantines á Tezcuco gonzalo de Sandoval, y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortes á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna.

LLEGÓ en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines, y martin Lopez avisó á Cortes que trataria luego de su conduccion; porque la república de Tlascala tenia prontos diez

mil tamenes ó indios de carga; los ocho mil que parecian necesarios para llevar la tablazon, jarcias, herrage y demas adherentes, y los dos mil que irian de respeto, para que se fuesen alternando y sucediendo en el trabajo, sin comprehender en este número á los que se habian de ocupar en el transporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra, con sus cabos, que aguardaban esta ocasion para marchar al ejército, con los cuales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascala el convoy de los españoles que habia de salir al camino; porque ne se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra mejicana. Eran aquellos bergantines la única prevencion que faltaba para estrechar el sitio de Méjico, y Hernan Cortes celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el ejército. Encargó luego el convoy á gonzalo de Sandoval con doscientos españoles, quince caballos y algunas compañías de Tlascaltecas, para que unidos con el socorro de la república, pudiesen re-

sistir á cualquiera invasion de los mejicanos.

Antonio de Herrera dice que saliéron de Tlascala con el maderámen de los bergantines ciento y ochenta mil hombres de guerra: número que de muy inverisímil se pudiera buscar entre las erratas de la impresion. Quince mil dice bernal Diaz del Castillo: mas fácil es de creer, sobre los que asistian al ejército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los señores ó caciques de los barrios, que llamaba Chechimecal, mozo de veinte y tres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenia por uno de los primeros capitanes de su nacion. Salió martin Lopez de Tlascala, con ánimo de aguardar el socorro de los Españoles en Gualipar, poblacion poco distante de los confines Mejicanos. Disonó mucho á Chechimecal esta detèncion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente para defender áquella conducta de todo el poder Mejicano; pero últimamente se redujo á observar las órdenes de Cortes, ponderando como hazaña la obediencia. Dispuso martin Lopez la marcha, empezando á llevar cuidadosa y ordenada la gente desde que

salió de la ciudad. Iban delante los arcos y las hondas, con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento marchaban los tamenes y el bagage, y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia: con que llegó el caso de verse puesta en ejecucion la rara novedad de conducir bajeles por tierra; los cuales, si nos fuera lícito incurrir en alguna de las metáforas, que tal vez se hallan en la historia, se pudiera decir que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos, entre aquellas ondas, que al parecer se formaban de los peñascos y eminencias del camino: admirable invencion de Cortes, que se vió entonces practicada, y al referirse como sucedió, parece soñada la verdad, ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.

Caminaba entretanto gonzalo de Sandoval la vuelta de Tlascala, y se detuvo un dia en Zelepeque, lugar poco distante del camino, que andaba fuera de la obediencia, sobre ser el mismo donde sucedió la muerte insidiosa de aquellos pobres Españoles de la Vera-Cruz que pasaban á Méjico. Llevaba órden para castigar ó reducir de paso esta poblacion; pero

apenas volvió el ejército la frente para torcer la marcha, cuando los vecinos desampararon el lugar, huyendo á los montes. Envió gonzalo de Sandoval tres ó cuatro compañías de Tlascaltecas, con algunos españoles en alcance de los fugitivos, y entrando en el pueblo, creció su irritacion y su impaciencia con algunas señas lastimosas de la pasada iniquidad. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon que decia: *en esta casa estuvo preso el sin ventura juan Yuste, con otros muchos de su compañía.* Y se viéron poco despues en el adoratorio mayor las cabezas de los mismos españoles maceradas al fuego para defenderlas de la corrupcion: pavoroso espectáculo que conservando los horrores de la muerte, daba nueva fealdad á los horribles simulacros del demonio. Excitó entonces la piedad los espíritus de la ira; y gonzalo de Sandoval resolvió salir con toda su gente á castigar aquella execrable atrocidad con el último rigor; pero apenas se dispuso á ejecutarlo, cuando volviéron las compañías que avanzáron de su órden, con grande número de prisioneros, hombres, mugeres y niños, dejando muertos en el monte

á cuantos quisiéron escapar, ó tardáron en rendirse. Venian maniatados y temerosos, significando con lágrimas y alaridos su arrepentimiento. Arrojáronse todos á los pies de los españoles, y tardáron poco en merecer su compasion. Hízose rogar de los suyos gonzalo de Sandoval para encarecer el perdon; y últimamente los mandó desatar, y los dejó en la obediencia del rey, á que se obligáron con el cacique los mas principales por toda la poblacion, como lo cumpliéron despues, hiciéselo el temor ó el agradecimiento.

Mandó luego recoger aquellos despojos miserables de los españoles muertos para darles sepultura, y pasó adelante con su ejército, llegando á los términos de Tlascala, sin accidente de consideracion. Saliéron á recibirle martin Lopez, y Chechimecal con sus Tlascaltecas puestos en escuadron. Saludáronse los dos ejércitos, primero con el regocijo de la salva y de las voces, y despues con los brazos y cortesías particulares. Diéronse al descanso de los recien venidos las horas que pareciéron necesarias, y cuando llegó el tiempo de caminar, dispuso la marcha gonzalo de

Sandoval, dando á los españoles y Tlascaltecas de su cargo la vanguardia, y el cuerpo del ejército á los tamenes con alguna guarnicion por los costados, dejando á Chechimecal con la gente de su cargo en la retaguardia. Pero él se agravió de no ir en el puesto mas avanzado, con tanta destemplanza que se temió su retirada, y fué necesario que pasase gonzalo de Sandoval á sosegarle. Quiso darle á entender que aquel lugar que le habia señalado, era el mejor del ejército, por ser el mas aventurado, respecto de lo que se debia rezelar, que los Mejicanos acometieran por las espaldas; pero él no se dió por convencido, antes le respondió, que asi como en el asalto de Méjico habia de ser el primero que pusiese los pies dentro de sus muros, queria ir siempre delante para dar ejemplo á los demas; y se halló Sandoval obligado á quedarse con él para dar estimacion á la retaguardia: notable punto de vanidad, y uno de aquellos que suelen producir graves inconvenientes en los ejércitos; porque la primera obligacion del soldado es la obediencia: y bien entendido, el valor tiene sus límites razonables, que indu-

cen siempre á dejarse hallar de la ocasion; pero nunca obligan á pretender el peligro.

Marchó el ejército en su primera ordenanza por la tierra enemiga; y aunque los Mejicanos se dejáron ver algunas veces en las eminencias distantes, no se atreviéron á intentar faccion, ó tuviéron por bastante hazaña el ofender con las voces.

Hízose alto poco antes de llegar á Tezcuco por complacer á Chechimecal, que pidió algun tiempo á gonzalo de Sandoval para componerse y adornarse de plumas y joyas; y ordenó lo mismo á sus Cabos, diciendo, que aquel acto de acercarse á la ocasion, se debia tratar como fiesta entre los soldados: exterioridad ó hazañería propia de aquel orgullo y de aquellos años. Esperó Hernan Cortes fuera de la ciudad con el rey de Tezcuco y todos sus capitanes este socorro tan deseado, y despues de cumplir con los primeros agasajos, y dar algun tiempo á las aclamaciones de los soldados, se hizo la entrada con toda solemnidad, marchando en hileras los tamenes como los soldados. Íbanse acomodando la tablazon, el herrage y de-

mas géneros, con distincion en un grande astillero que se habia prevenido cerca de los canales.

Alegróse todo el ejército de ver puesta en salvamento aquella prevencion, tan necesaria para tomar de veras la empresa de Méjico, que igualmente se deseaba: y Hernan Cortes volvió su corazon al cielo, que premiaba su piedad y su intencion, con esperanzas ó poco menos que certidumbre de la victoria.

Trató luego martin Lopez de la segunda formacion de los bergantines, y se le diéron nuevos oficiales para las fraguas, ligazon de las maderas y demas oficios de la marinería. Pero reconociendo Hernan Cortes, que segun el informe de los maestros, serian menester mas de veinte dias para que pudiesen estar de servicio estas embarcaciones, tomó resolucion de gastar aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones de la ribera, observando los puestos que debia ocupar para impedir los socorros de Méjico, y hacer de paso el daño que pudiese á los enemigos. Comunicólo á sus capitanes; y pareciendo á todos digna de su cuidado esta diligencia, se dispuso á ejecutarla, encargando á gonzalo de

Sandoval el gobierno de Tezcuco, y particularmente la obra de los bergantines. Hallábale siempre su eleccion á propósito para todo, y en lo mucho que le ocupaba se conoce la estimacion que hacia de su valor y capacidad.

Pero al tiempo que discurria en nombrar los capitanes, y en señalar la gente que le habia de seguir en esta jornada, le pidió audiencia Chechimecal: y sin haber sabido que se trataba de salir en campaña, le propuso *que los hombres como él, nacidos para la guerra, se hallaban mal en el ocio de los cuarteles, particularmente cuando se habian pasado cinco dias sin ocasion de sacar la espada, y que su gente venia de refresco, y deseaba dejarse ver de los enemigos; á cuya instancia y la de su propio ardimiento, le suplicaba encarecidamente, que le señalase luego alguna faccion en que pudiese manifestar sus brios y entretenerse con los Mejicanos, mientras llegaba el caso de acabar con ellos en el asalto de su ciudad*. Pensaba Hernan Cortes llevarle consigo, pero no le agradó aquella jactancia intempestiva; y poco satisfecho de los reparos que hizo en el camino, cuya

noticia le dió Sandoval, le respondió con algun género de ironía, *que no solamente le tenia prevenida faccion de importancia, en que pudiese dar algun alivio á su bizarría, pero estaba en ánimo de acompañarle para ser testigo de sus hazañas.* Cansábase naturalmente de los hombres arrogantes, porque se halla pocas veces el valor donde falta la modestia; pero no dejó de conocer que aquellos arrojamientos del espíritu eran ardores juveniles, propios de su edad, y vicio frecuente de soldados visoños, que saliéron bien de las primeras ocasiones, y á pocas experiencias de su ánimo quieren tratar el valor como valentía, y la valentía como profesion.

CAPÍTULO XV.

Marcha Hernan Cortes á Yaltocan, donde halla resistencia; y vencida esta dificultad pasa con su ejército á Tacuba; despues de romper á los mejicanos en diferentes combates, resuelve y ejecuta su retirada.

Pareció conveniente dar principio á esta jornada por Yaltocan, lugar situado á cinco leguas de Tezcuco en una de las

lagunas menores que desaguaban en el lago mayor. Era importante castigar á sus moradores; porque habiéndoles ofrecido la paz, llamándolos á la obediencia pocos dias antes, respondiéron con gran desacato, hiriendo y maltratando á los mensageros: escarmiento en que iba considerada la consecuencia para las demas poblaciones de la ribera. Partió Hernan Cortes á esta expedicion, despues de oir misa con todos los españoles, dando su particular instruccion á gonzalo de Sandoval, y sus amigables advertencias al rey de Tezcuco, á Xicotencal y á los demas cabos de las naciones que dejaba en la ciudad. Llevó consigo á los capitanes pedro de Alvarado y cristóval de Olid con doscientos y cincuenta españoles y veinte caballos: una compañía que se formó lucida y numerosa de los nobles de Tezcuco: y á Chechimecal con sus quince mil Tlascaltecas, á que se agregáron otros cinco mil de los que gobernaba Xicotencal; y habiendo caminado poco mas de cuatro leguas, se descubrió un ejército de Mejicanos, puesto en batalla, y dividido en grandes escuadrones, con resolucion, al parecer, de intentar en campaña la defensa del lugar amenazado. Pero á la pri-

mera carga de las bocas de fuego y ballestas, á que sucedió el choque de los caballos, se consiguió su desórden, y se dió lugar para que cerrando el ejército, fuesen rotos y deshechos los enemigos, con tanta brevedad, que apenas se pudo conocer su resistencia. Escapáron los mas á la montaña, otros á la laguna, y algunos al mismo pueblo de Yaltocan, dejando considerable número de muertos y heridos en la campaña, con algunos prisioneros que se remitiéron luego á Tezcuco.

Reservóse para otro dia el asalto de aquel pueblo, y marchó el ejército á ocupar unas caserías cercanas, donde se pasó la noche sin novedad; y á la mañana se halló mayor que se creia la dificultad de la empresa. Estaba este lugar dentro de la misma laguna, y se comunicaba con la tierra por una calzada ó puente de piedra, quedando el agua por aquella parte fácil para el esguazo; pero los Mejicanos que asistian á la defensa de aquel puesto, rompiéron la calzada, y profundando la tierra para dar corriente á las aguas, formáron un foso tan caudaloso, que vino á quedar el paso poco menos que imposible, ó posible solo á los nadadores. Avanzaba Hernan Cortes con ánimo de

llevarse aquella poblacion del primer abordo, y cuando tropezó con este nuevo embarazo, quedó por un rato entre confuso y pesaroso; pero las irrisiones con que celebraban los enemigos su seguridad, le redujéron á que no era posible dejar el empeño sin desaire conocido.

Trataba ya de facilitar el paso con tierra y fagina, cuando uno de los indios que viniéron de Tezcuco le dijo, que poco mas adelante habia una eminencia donde apenas alcanzaria el agua del foso á cubrir la superficie de la tierra. Mandóle que guiase, y movió su gente hasta el parage señalado. Hízose luego la experiencia, y se halló mas agua que suponia el aviso; pero no tanta que pudiese impedir el esguazo. Cometió esta faccion á dos compañías de hasta cincuenta ó sesenta españoles, con el número de indios amigos que pareció necesario segun la oposicion que se habia descubierto; y se quedó á la lengua del agua con el ejército puesto en batalla, para ir enviando los socorros que le pidiesen, y asegurar la campaña contra las invasiones de los Mejicanos.

Reconociéron los enemigos que se iba penetrando el camino que habian procurado encubrir; y se acercáron á defender

el paso con el repetido manejo de los arcos y las hondas, hiriendo algunos, y dando que hacer, y que resistir á los que peleaban dentro del agua, que por algunas partes pasaba de la cintura. Habia cerca del pueblo un llano de bastante capacidad que dejó descubierto la inundacion; y apenas saliéron á tierra las bocas de fuego que iban delante, cuando se retiráron los enemigos al lugar; y en el breve tiempo que tardó en afirmar los pies el resto de la gente, le desampararon, arrojándose al lago en sus canoas tan apresuradamente, que se consiguió la entrada sin género de resistencia. Fué corto el pillage, aunque se permitió como parte del castigo, porque solo se halló en las casas lo que no pudiéron retirar; pero todavía se transportáron al ejército algunas cargas de maiz y de sal, cantidad de mantas y algunas joyuelas de oro, que no mereciéron la memoria, ó merecerian el desprecio de sus dueños. No llevaban los capitanes órden para ocupar el pueblo, sino para castigar á sus moradores; y asi, esperando lo que pareció bastante para mantener la faccion, repasáron el foso por el mismo parage, dejando entregados al fuego los adoratorios, con algunos edi-

ficios de los mas principales: resolucion que aprobó Hernan Cortes, suponiendo que las llamas de aquel pueblo servirian al temor de los fugitivos, y alumbrarian de su peligro á los demas lugares.

Prosiguióse la marcha, y aquella noche se alojó el ejército cerca de Colbatitlan, villa considerable, que se halló el dia siguiente despoblada, en cuyo término se dejáron ver los Mejicanos; pero en parte que no trataban de ofender, ni podian ser ofendidos. Sucedió lo mismo en Tenayuca, y despues en Escapuzalco, lugares de la ribera y de gran poblacion, que se halláron tambien desamparados. En ambos se hizo noche, y Hernan Cortes iba tanteando las distancias, y tomando las medidas para su empresa, sin permitir que se hiciese daño en los edificios, para dar á entender que solo era riguroso donde hallaba oposicion. Distaba de allí poco mas de media legua la ciudad de Tacuba, émula de Tezcuco en la grandeza y en la vecindad, situada en los extremos de la calzada principal, donde padeciéron tanto los españoles; y puesto de mucha consideracion, por ser el mas vecino á Méjico entre los lugares de la laguna, y llave del camino que necesaria-

mente se habia de penetrar para el sitio de aquella corte. Pero no se iba entonces con ánimo de ocuparle, por quedar algo distante para recibir los socorros de Tezcuco, sino á reconocerle y considerar desde mas cerca lo que se debia prevenir ó rezelar, castigando en el cacique la ofensa pasada, cuyo escarmiento seria tambien de consecuencia para quebrantar su osadía, y facilitar despues la sujecion de aquella ciudad.

Fuese acercando el ejército, prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad; y poco antes de llegar se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los Mejicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistian á la guarnicion de la misma ciudad: los cuales, no cabiendo en ella, querian reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantáronse los enemigos, moviéndose á un tiempo sus escuadrones, y acometiéron, con tanta ferocidad y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algun cuidado, si no estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces, que siempre los espantaban mas que los ofendian, y des-

pues en el segundo terror de los caballos, se descompusiéron con facilidad, dando lugar al resto del ejército para que rota la vanguardia penetrase á lo interior de la multitud, obligándolos á resistir como podian, desunidos y turbados, cuya obstinacion dilató considerable tiempo la victoria; pero últimamente volviéron por todas partes las espaldas, retirándose los mas á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin eleccion la distancia del peligro.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que restaba del dia en eligir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana, se dejó ver el ejército enemigo en el mismo parage, con ánimo de volver á las armas para enmendar el desaire padecido: y Hernan Cortes, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma direccion de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad; porque los halló con la fuga en la imaginacion, y con el escarmiento en la memoria.

Encerrólos á cuchilladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los españoles, y alguna parte de los indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior

de la ciudad, hasta que acercándose la noche retiró su gente al mismo parage, donde tuvo antes su alojamiento; concediendo á los soldados que llevó consigo, el saco de las casas que se habian ocupado, y dejándolas entregadas al fuego, parte por mostrar en algo su indignacion, y parte por ocupar al enemigo, y ejecutar su retirada sin oposicion.

Cinco dias se detuvo Hernan Cortes á vista de Tacuba, manteniendo aquel puesto donde le buscaba el enemigo todos los dias, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortes ir gastando en estas salidas la guarnicion de la plaza; y conociendo ya en su flojedad la falta de gente, llegó el caso de mover el ejército para el asalto. Pero al tomar los puestos y repartir las órdenes para los ataques, se reconoció que venia marchando por la calzada un grueso considerable de Mejicanos; y siendo necesario romper este socorro para volver á la empresa de Tacuba, resolvió Hernan Cortes aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos cuando acabasen de salir á tierra, y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos Mejicanos traian órden, y

dicen que fué arbitrio de su mismo emperador Guatimozin, para echar delante alguna gente, que dejándose cargar cebase á los españoles en el alcance, y los procurase introducir en la calzada, lo cual ejecutáron con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblándose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortes á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dejó parte de su ejército para que le guardase las espaldas contra la gente de Tacuba, y marchó á la calzada, suponiendo que podria fácilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad. Pero los que habian salido á tierra, sin aguardar la carga, huyéron á incorporarse con los demas, y todos se fuéron retirando, al parecer, temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los españoles. Siguiólos Hernan Cortes, dejándose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion; porque no estaba lejos el suceso de Iztacpalapa, ni podia ignorar que aquellos indios tenian sus fugas artificiosas, con que solian llamar á sus celadas; pero la repeticion de sus victorias, peligro algunas veces de

los vencedores, no le dejó distinguir entonces aquellas circunstancias, en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos.

Repariéronse los enemigos y empezáron á pelear, cuando tuviéron á Cortes y á los que le seguian dentro de la calzada; y entretanto que los procuraban divertir con su resistencia, saliéron de Méjico innumerables canoas, que ciñéron por ambas partes la calzada, con que se halláron brevemente los españoles combatidos por la vanguardia y por los dos costados; y conociendo, aunque tarde, su inadvertencia, fué necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Traian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas españolas, que adquiriéron la noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera, porque al tiempo que duraba mas encendido el combate, cayó en el lago de un bote de pica el alferez Juan Volante, y abatiéndose á la presa los indios que se halláron mas cerca, le recogiéron en una de las ca-

noas para llevarle de presente á su rey. Dejóse conducir fingiéndose rendido; y al verse algo distante de las otras embarcaciones, cobró sus armas, y desembarazándose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, escapó á nado su bandera, con igual dicha que valor.

Hernan Cortes anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dejando bastantemente vengado el ardid con que le llamáron á la calzada, porque muriéron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallándose ya en conocimiento de que seria temeridad volver al empeño de Tacuba con aquella nueva oposicion de los Mejicanos, que todavía se conservaban á la vista, trató de retirarse, á Tezcuco; y con parecer de sus capitanes, lo puso luego en ejecucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del ejército los animó á seguir desde lejos, contentándose con dar al viento grandes alaridos, á cuya inútil fatiga se redujo toda su venganza. Importó mucho

esta salida, tanto por el daño que se hizo á los Mejicanos, como por las noticias que se adquiriéron de aquel parage, que despues se habia de ocupar. Y por mas que la procure deslucir nuestro historiador, fué de tanta consecuencia para el intento principal, que apenas llegó Hernan Cortes á Tezcuco, cuando viniéron rendidos á dar la obediencia y ofrecer sus tropas militares los caciques de Tucapan, Masçalzingo, Autlan y otros pueblos de la ribera septentrional: bastante seña de que se volvió con reputacion: ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos, lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

CAPÍTULO XVI.

Viene á Tezcuco nuevo socorro de españoles. Sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco: rompe dos veces á los Mejicanos en campaña, y gana por fuerza de armas á Guastepeque y á Capistlan.

La prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del cielo esta conquista; pero algunos que se lográron sin hu-

mana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano tan medidos con la necesidad y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera-Cruz un navío de mas que mediano porte que venia dirigido á Hernan Cortes, y en él julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de tesorero por el rey: fray pedro Malgarejo de Urrea, religioso de la órden de san Francisco, natural de Sevilla: antonio de Caravajal, Gerónimo Ruiz de la Mota, alonso Diaz de la Reguera y otros soldados, gente de cuenta, con un socorro muy considerable de armas y pertrechos. Pasáron luego á Tlascala con las municiones sobre hombros de indios Zempoales, y allí se les dió convoy que los encaminase á Tezcuco, donde se recibió á un tiempo el socorro y la noticia de su arribada.

Bernal Diaz del Castillo dice, que vino de Castilla este bajel; y antonio de Herrera, que hace mencion de él, no dice quien le remitió, quizá por huir la incertidumbre con la omision. Parece impracticable que viniese de Castilla, encaminado á Cortes, sin traer cartas de su padre y de sus procuradores, particularmente cuando podian avisarle de los bue-

nos efectos que iban produciendo sus diligencias; cuya noticia, segun estos autores, recibió mucho despues. Con menos repugnancia nos inclinamos á creer, que vino de la isla de Santo Domingo; á cuyos gobernadores, como se dijo en su lugar, se dió noticia del empeño en que se hallaba Cortes; y no es argumento, de que se induce lo contrario, el venir tesorero del rey: pues era de su jurisdiccion el nombrar personas que recogiesen los quintos de su magestad, y tenian á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese, no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, si Hernan Cortes dejó de acertar con el orígen de aquellas asistencias, atribuyendo á Dios, no solamente la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sino el mismo vigor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia, que no siendo impropia en su valor natural, la extrañaba como efecto de influencia superior.

Llegáron á esta sazon unos mensageros en diligencia, despachados á Cortes por los caciques de Chalco y Tamanalco, pidiéndole socorro contra un ejército del enemigo, que se quedaba pre-

viniendo en Méjico para sujetar los lugares de su distrito, que se conservaban en la devocion de los españoles. Tenia Guatimozin ingenio militar, y como se ha visto en otras acciones suyas, notable aplicacion á las artes de la guerra. Desvelábase continuamente su cuidado en los medios por donde podria conseguir la victoria de sus enemigos; y habia discurrido en ocupar aquella frontera; para cerrar la comunicacion de Tlascala, y cortar los socorros de la Vera Cruz: punto de tanta consecuencia, que puso á Hernan Cortes en obligacion precisa de socorrer aquellos aliados, sobre cuya fe se mantenia libre de Mejicanos el paso de que mas necesitaba. Despachó luego con este socorro á gonzalo de Sandoval con trescientos españoles, veinte caballos, y algunas compañías de Tlascala y Tezcuco, en el número que pareció suficiente, respecto de hallarse aquellas provincias con las armas en las manos.

Ejecutóse la salida sin dilacion, y la marcha con particular diligencia, con que llegó á tiempo el socorro; y los caciques amenazados tenian prevenida su gente, que incorporada con la que

llevó Sandoval formaba un grueso muy considerable. Hallábase cerca el enemigo, que se alojó la noche antes en Guastepeque, y se tomó resolucion de salir á buscarle primero que llegase á penetrar los términos de Chalco. Pero los Mejicanos con bastante satisfaccion de sus fuerzas, y con noticia de que habian llegado españoles en defensa de los Chalqueses ocupáron anticipadamente unas barrancas ó quiebras del camino, para esperar en parage donde no los pudiesen ofender los caballos. Reconocióse la dificultad al tiempo casi de acometer, y fué necesaria toda la resolucion de gonzalo de Sandoval, y todo el valor de su gente para desalojarlos de aquellos pasos dificultosos: faccion que se consiguió á fuerza de brazos, y no sin alguna pérdida, porque murió peleando valerosamente un soldado español, que se llamaba juan Dominguez, sugeto que merecia la estimacion del ejército por su particular aplicacion al manejo y enseñanza de los caballos. Perdiéron gente los Mejicanos en esta disputa; pero quedáron con bastante pujanza para volverse á formar en lo llano: y gonzalo de Sandoval, vencido con poca detencion

el impedimento del camino, volvió á cerrar con ellos tan ejecutivamente, que los tuvo rotos y deshechos antes que acabasen de rehacerse. Peleó un rato la vanguardia del enemigo con desesperacion; y pudiera llamarse batalla este combate, si durara un poco mas su resistencia; pero desvaneció brevemente aquella multitud desconcertada, perdiendo en el alcance, que se mandó seguir con toda ejecucion, la mayor parte de sus tropas. Quedó gonzalo de Sandoval señor de la campaña, y eligió puesto donde hacer alto, para dar algun tiempo al descanso del ejército, con ánimo de pasar antes de la noche á Guastepeque, donde se habia retirado la mayor parte de los fugitivos.

Pero apenas se pudiéron lograr la quietud y el refresco de la gente, de que ya necesitaba para restaurar las fuerzas, cuando los batidores que se habian adelantado á reconocer las avenidas, volviéron tocando arma tan vivamente, que fué necesario apresurar la formacion del ejército. Venia marchando en batalla un grueso de hasta catorce ó quince mil Mejicanos, y tan cerca, que tardáron poco en dejarse percibir sus tim-

bales y bocinas. Tuviéronse por tropas que venian de socorro á los que saliéron delante, porque no era posible que se hubiesen ordenado con tanta brevedad los que se acabáron de romper; ni cabia el venir tan orgullosos con el escarmiento á las espaldas. Pero los españoles se adelantáron á recibirlos, y diéron su carga tan á tiempo, que desconcertadas las primeras tropas, pudiéron cerrar sin riesgo los caballos y acometer los demas, como solian, ejecutando á los enemigos con tanto rigor, que se halláron brevemente reducidos á volver las espaldas: recogiéndose de tropel á Guastepeque, donde se daban por seguros. Pero avanzando al mismo tiempo los españoles, siguiéron y ensangrentáron el alcance con tanta resolucion, que cebados en él, se halláron dentro de la poblacion, cuya entrada mantuviéron, hasta que llegando el ejército, se repartió la gente por las calles, y se ganó á cuchilladas el lugar, echando á los enemigos por la parte contrapuesta. Muriéron muchos, porque fué porfiada su resistencia, y saliéron tan atemorizados, que se halló á breve rato despejada toda la tierra del contorno.

Era tan capaz este pueblo, que resolviendo gonzalo de Sandoval pasar en él la noche tuviéron cubierto los españoles, y mucha parte de los aliados: hízose mas festiva la victoria con la permision del pillage, concedida solamente para las cosas de precio que no fuesen carga ni embarazasen el manejo de las armas. Llegó poco despues el cacique, y algunos de los vecinos mas principales, que diéron la obediencia, disculpándose con la opresion de los Mejicanos, y trayendo en abono de su intencion la misma sinceridad con que venian á entregarse desarmados y rendidos. Halláron agasajo y seguridad en los españoles; y poco despues de amanecer, reconocida la campaña, que se halló sin rumor de guerra por todas partes, estuvo resuelta por Sandoval, con acuerdo de sus capitanes, la retirada. Pero los Chalqueses, que tenian mas adelantada la diligencia de sus espías, recibiéron aviso de que se iban juntando en Capistlan todos los Mejicanos de las rotas antecedentes, y le protestáron que seria el retirarse lo mismo que dejar pendiente su peligro. Sobre cuya noticia pareció conveniente deshacer esta junta de fugi-

tivos, antes que se rehiciesen con nuevas tropas.

Distaba Capistlan dos leguas de Guastepeque, hácia la parte de Méjico, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo mas éminente de una sierra, difícil de penetrar, con un rio de la otra banda, que bajando rápidamente de los montes vecinos bañaba los mayores precipios de la misma eminencia. Hallóse cuando llegó el ejército, puesto en defensa; porque los Mejicanos que le habian ocupado, tenian coronada la cumbre; y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, disparáron algunas flechas, menos para herir que para irritar. Iba resuelto gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dejar sin rezelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad; y viendo que solo se descubrian tres caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascala, que pasasen á la vanguardia, y empezasen á subir la cuesta, como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedeciéron con la prontitud que solian, confesando, con lo mal que se

disponian, que rezelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto que gonzalò de Sandoval, no sin alguna impaciencia de su detencion, se arrojó al peligro con sus españoles, cuya resolucion dió tanto aliento á los Tlascaltecas y Chalqueses que conociendo á vista del ejemplo la disonancia de su temor, cerráron por lo mas agrio de la cuesta, subiendo mejor que los españoles, y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los pies: y las piedras que dejaban caer de lo alto, herian mas que los dardos y las flechas, pero las bocas de fuego y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas, y durando en los agresores el valor á despecho de la oposicion y del cansancio, llegáron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabáron de retraer á la poblacion tan descaecidos, que apenas se dispusiéron á defenderla, ó la defendiéron con tanta flojedad, que fuéron cargados hasta los precipicios de la sierra, donde muriéron pasados á cuchillo todos los que no se despeñáron; y fué

tanto el estrago de los enemigos en esta ocasion, que, segun lo hallamos referido afirmativamente, corriéron al rio por un rato arroyos de sangre mejicana, tan abundantes, que bajando sedientos los españoles á buscar su corriente, fué necesario que aguardase la sed, ó se compusiese con el horror del refrigerio.

Salió gonzalo de Sandoval con dos golpes de piedra, que llegáron á falsear la resistencia de las armas, y heridos considerablemente algunos españoles: entre los cuales fuéron de mas nombre ó mereciéron ser nombrados andres de Tapia y hernando de Osma. Las naciones amigas padeciéron mas, porque tuvo gran dificultad el asalto de la sierra, y entráron con mayor precipitacion en el peligro.

Pero hallándose ya gonzalo de Sandoval con tres ó cuatro victorias conseguidas en tan breve tiempo, deshechos los Mejicanos que infestaban aquella tierra, y aseguradas las provincias que necesitaban de sus armas, se puso en marcha el dia siguiente la vuelta de Tezcuco, donde llegó por los mismos tránsitos sin contradiccion que le obligase á desnudar la espada.

Apenas se tuvo en Méjico noticia de su retirada, cuando aquel emperador envió nuevo ejército contra la provincia de Chalco; bastante seña de la resolucion con que deseaba ocupar el paso de Tlascala. Supiéron los Chalqueses la nueva invasion de los Mejicanos, en tiempo que no podian esperar otro socorro que el de sus armas; y juntando apresuradamente las tropas con que se hallaban, y las que pudiéron adquirir de su confederacion, saliéron á campaña, mejorados en el sosiego del ánimo, y en la disposicion de gente. Buscáronse los dos ejércitos, y acometiéndose con igual resolucion, fué reñida y sangrienta la batalla; pero la ganáron con grandes ventajas los de Chalco, y aunque perdiéron mucha gente, hiciéron mayor daño al enemigo, y quedó por ellos la campaña, cuya noticia tuvo grande aplauso de Tezcuco, y Hernan Cortes particular complacencia de que sus aliados supiesen obrar por sí, entrando en presuncion de que bastaban para su defensa. Debióse principalmente á su valor el suceso, y obró mucho en él la mejor disciplina con que peleáron, siendo en aquellos ánimos de gran consecuencia el haberse hallado en otras victorias, per-

dido el miedo á la nacion dominante, y descubierto por los españoles el secreto de que sabian huir los Mejicanos.

CAPÍTULO XVII.

Hace nueva salida Hernan Cortes para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque.

QUISIERA Hernan Cortes que gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchimilco á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepeque; porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz, que se daba la mano con las principales de Méjico. Y como el estado en que se hallaban los bergantines, daba lugar para que se hiciese nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia: resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el paso de Tlascala, dando calor á los Chalqueses que al parecer no estaban seguros de nuevas invasiones. Ejecutóse luego esta jornada, y la tomó Hernan

Cortes á su cargo, teniéndola por digna de su cuidado. Llevó consigo á cristóval de Olid, pedro de Alvarado, andres de Tapia y julian de Alderete con trescientos españoles á cuyo número se agregáron las tropas de Tezcuco y Tlascala, que pareciéron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al cacique de Chalco, y á las demas naciones amigas de aquel parage.

Dejó el gobierno militar de la plaza de armas á gonzalo de Sandoval, y el político al cacique don Hernando en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia; y aùnque le llamaban siempre su edad y su espíritu á mas briosa ocupacion, tenia entendimiento para conocer que merecia mas obedeciendo.

Eran los cinco de abril de mil y quinientos y veinte y uno, cuando salió Hernan Cortes de Tezcuco, y hallando el camino sin rumor de Mejicanos, marchó en tanta diligencia, que se alojó en Chalco la noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los caciques amigos, porque no esperaban el socorro de los españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchimilco nuevo ejército de los Mejicanos, que venian con mayo-

res fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fuéron las demostraciones de su contento iguales al conflicto en que se hallaban: arrojarse á los pies de los españoles, y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortes servirse de sus armas, y dejándolos en la inteligencia de que venia solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen del temor que habian concebido; y pasó despues á empeñarlos en la presuncion de valientes, con los aplausos de su victoria.

Tenian estos caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del pais enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del ejército enemigo; y por este medio se averiguó que los Mejicanos, con noticia ya de que iban españoles al socorro de Chalco, habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion: ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias, hasta que se retirase Cortes, para lograr el

golpe contra sus aliados, ó lo que parecia mas probable, aguardar el ejército donde militaban de su parte las ventajas del sitio; y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones, por no perder tiempo en el viage de Suchimilco.

Marchó con esta resolucion el ejército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabáron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa y de buena calidad, que dió cuerpo al ejército, y aliento á las demas naciones que se acercaban al paso estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dejaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dejáronse ver en una y otra cumbre algunos Mejicanos que venian á provocar desde lejos, y se prosiguió á paso lento la marcha, desfilada la gente segun el terreno, hasta desembocar en un llano de bastante capacidad, que se formaba en el desvío de las sierras, para volverse á estrechar poco despues, donde se dobló el ejército lo mejor que pudo, por haberse descubierto en lo mas emi-

nente una gran fortaleza, cuyo parage tenian ocupado los enemigos con tanto número de gente, que pudiera dar cuidado en puesto menos ventajoso. Era su intento irritar á los españoles para traerlos al asalto de aquellos precipicios, donde necesariamente habian de peligrar en su resistencia y en la resistencia del camino.

Hiriéron dentro del ánimo á Cortes las voces con que se burlaban de su detencion; ó no pudo componerse con la paciencia de sus oidos para sufrir las injurias con que acusaban de cobardes á los españoles: y dejándose llevar de la cólera, que pocas veces aconseja lo mejor, acercó el ejército al pie de la sierra, y sin detenerse á elegir la senda menos dificultosa, mandó que avanzasen al ataque dos compañías de arcabuces y ballestas, á cargo del capitan pedro de Barba, en cuya compañía subiéron algunos soldados particulares que se ofreciéron á la faccion; y nuestro bernal Diaz del Castillo, que teniendo asentado el crédito de su valor, era continuo pretendiente de las dificultades.

Retiráronse los Mejicanos cuando empezáron á subir los españoles, fingiendo alguna turbacion, para dejarlos empeñar

en lo mas agrio de la cuesta; y cuando llegó el caso, volviéron á salir con mayores gritos, dejando caer de lo alto una lluvia espantosa de grandes piedras y peñascos enteros que barrian el camino, llevándose tras sí cuanto encontraban. Hizo gran daño esta primera carga; y fuera mayor, si el alferez cristóval del Corral y bernal Diaz del Castillo, que se habian adelantado á todos, recogiéndose al cóncavo de una peña, no avisaran á los demas que hiciesen alto y se apartasen de la senda, porque ya no era posible pasar adelante sin tropezar en mayores asperezas. Conoció al mismo tiempo Hernan Cortes que no era posible caminar por aquella parte al asalto; y no sin temor de que hubiesen perecido todos, envió la órden para que se retirasen, como lo ejecutáron, con el mismo riesgo. Quedáron muertos en esta faccion cuatro españoles: bajó maltratado el capitan pedro de Barba, y fuéron muchos los heridos, cuya desgracia sintió Hernan Cortes en lo interior como inadvertencia suya: y para los otros como accidente de la guerra, escondiendo en las amenazas contra el enemigo, la tibieza de sus disculpas.

Trató luego de adelantarse con algunos de sus capitanes á buscar senda menos dificultosa para subir á la cumbre: resolucion en que le tiraban con igual fuerza el deseo de vengar su pérdida, y la conveniencia de no proseguir su viage dejando aquellos enemigos á las espaldas. Pero no se puso en ejecucion esta diligencia, porque se descubrió al mismo tiempo una emboscada, que le puso mas cerca la ocasion de venir á las manos. Bajáron los enemigos que andaban por la sierra de la otra banda; y ocupando un bosque poco distante del camino, esperaban la ocasion de acometer por la retaguardia, cuando viesen el ejército mas empeñado en lo pendiente de la cuesta, y tenian avisados á los de arriba, para que saliesen al mismo tiempo á pelear con la vanguardia: notable advertencia en aquellos bárbaros, de que se conoce cuanto enseña la milicia y el odio con estos magisterios de la guerra.

Movió su ejército Hernan Cortes, con apariencias de seguir su marcha, y dando el costado á la emboscada, volvió sobre los enemigos, cuando á su parecer los tuvo asegurados; pero escapáron con tanta celeridad al favor de la maleza,

que fué poco el daño que recibiéron: y reconociéndose al mismo tiempo, que algo mas adelante salian huyendo al camino de Guastepeque, avanzó la caballería en su alcance, y caminó algunos pasos la infantería: de cuyo movimiento resultó el conocerse que los Mejicanos de la cumbre habian abandonado su fortaleza, y venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra; con que cesó el inconveniente que se habia considerado en dejarlos á las espaldas, y se prosiguió el camino sin mas ofensa que la importunacion de las voces, hasta que se halló, cosa de legua y media mas adelante, otra fortaleza como la pasada, que tenian ya guarnecida los enemigos, habiéndose adelantado para ocuparla; y aunque sus gritos y amenazas irritáron bastantemente á Cortes, estaba cerca la noche y cerca el escarmiento, para entrar en nuevas disputas sin mayor exámen.

Alojó su ejército cerca de un lugarcillo algo eminente, que se halló despoblado y descubria las sierras del contorno, donde se padeció grande incomodidad, porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed, bastante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse

por la mañana esta necesidad en unos manantiales que se halláron á poca distancia; y Hernan Cortes ordenando que le siguiese, puesto en órden el ejército, se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupában los Mejicanos, y la halló mas inaccesible que la pasada, porque la subida era en forma de caracol, descubierto á las ofensas de la cumbre; pero reparando en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia que tenian sin guarnicion, mandó á los capitanes francisco Verdugo y pedro de Barba, y al tesorero julian de Alderete, que subiesen á ocuparla con las bocas de fuego para embarazar las defensas de la otra cumbre: lo cual se puso luego en ejecucion por camino encubierto á los enemigos; que á las primeras cargas se atemorizáron de ver la gente que perdian, y tratáron solo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion, que se daba la mano con la misma fortaleza; cuya novedad se conoció abajo en la intermision de las voces; y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisáron de la montaña vecina, que los Mejicanos abandonaban su fortaleza, y se iban des-

viando á lo interior de la tierra : con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puesto, que no se habia de conservar, ni era de consecuencia faltando el enemigo que le defendia.

Pero antes de volver á la marcha, se descubriéron en lo alto algunas mugeres que clamaban por la paz, tremolando y abatiendo unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señales de rendimiento que obligáron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta bajó luego el cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia, no solamente por la fortaleza en que residia, sino por la otra que se dejaba en el camino, la cual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento con despejo de hombre que tenia de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los Mejicanos; y Hernan Cortes admitió sus disculpas, porque le pareciéron verisímiles, ó porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentia el cacique como disfavor que pasase por su distrito el ejército, sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle, fué necesario que subiesen con él

CAPÍTULO XVIII.

Pasa el ejército á Cuatlabaca, donde se rompió de nuevo á os Mejicanos, y despues á Suchimilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortes en contingencia de perderse.

Era Cuatlabaca lugar populoso y fuerte por naturaleza; situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaria de ocho estados, y servia de foso á la poblacion, y de tránsito á los arroyos que bajaban de la sierra. Llegó el ejército á este parage, sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias; é ya tenian los Mejicanos cortadas las puentes de la entrada, y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortes formó su ejército en distancia conveniente: y entre tanto que los españoles, con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas, procuraban entretener al enemigo con frecuentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra, y hallándola, poco mas abajo, considerablemente mas estrecha, discurrió

y dispuso, casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres puentes de árboles enteros, cortados por el pie, los cuales se dejáron caer á la otra orilla, y unidos lo mejor que fué posible, diéron bastante aunque peligroso camino á la infantería. Pasáron luego los españoles de la vanguardia, quedando los Tlascaltecas á continuar la diversion del enemigo, y se formó un escuadron del foso adentro, que se iba engrosando por instantes con la gente de las otras naciones. Pero tardáron poco los Mejicanos en conocer su descuido, y cargáron de tropel sobre los que habian entrado, con tanta determinacion, que no se hizo poco en conservar lo adquirido; y se pudiera dudar el suceso de aquella resistencia desigual, si no llegaran al mismo tiempo Hernan Cortes, cristóval de Olid, pedro de Alvarado y andres de Tapia, que habiéndose alargado, mientras pasaba el ejército, á buscar entrada para los caballos, la encontráron poco segura y dificultosa, pero de grande oportunidad para el conflicto en que se hallaban los españoles.

Tomáron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas, y lo consiguié-

ron, asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz del Castillo, que aconsejándose con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raices, descansaban de su mismó peso en la orilla contrapuesta. Siguiéronle algunos españoles de los que asistian á la diversion, y número considerable de indios, llegando unos y otros á incorporarse con los caballos, al mismo tiempo que se disponian para embestir.

Pero los Mejicanos reconociendo el golpe que los amenazaba por la parte interior de sus fortificaciones, se diéron por perdidos; y derramándose á varias partes, tratáron solo de buscar las sendas que sabian para escapar á la montaña. Perdiéron alguna gente, asi en la defensa del foso, como en la turbacion de la fuga, y los demas se pusiéron en salvo, sin recibir mayor daño, porque los precipicios, y asperezas del terreno frustráron la ejecucion del alcance. Hallóse la villa totalmente despoblada, pero con bastante provision de bastimentos y algun despojo, en cuya ocupacion se permitió lo manual á los soldados. Y poco despues llamáron desde la

campaña el cacique, y los principales de la poblacion que venian á rendirse, pidiendo, con el foso delante, seguridad y salvaguardia para entrar á disponer el alojamiento; cuya permision se les dió por medio de los intérpretes: y fuéron de servicio, mas para tomar noticias del enemigo y de la tierra, que porque se necesitase ya de sus ofertas, ni se hiciese mucho caso de sus disculpas; porque la cercanía de Méjico los tenia en necesaria sujecion.

El dia siguiente por la mañana marchó el ejército la vuelta de Suchimilco: poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad, sobre la ribera de una laguna dulce, que se comunicaba con el lago mayor, cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatándose algo mas dentro del agua donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto por estar cuatro leguas de Méjico; pero fué trabajosa la marcha, porque despues de pasar un puerto de tres leguas, se caminó por tierra estéril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el ejercicio y con el calor del sol, cuya fuerza creció al entrar en unos pinares

que duráron largo trecho; y al sentir de aquella gente desalentada, echaban á perder la sombra que hacian.

Halláronse cerca del camino algunas estancias ó caserías ya en la jurisdiccion de Suchimilco, edificadas á la grangería ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el ejército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba. Dejólas el enemigo abandonadas para esperar á los españoles en puesto de mayor seguridad; y Hernan Cortes marchó al amanecer, puesta en órden su gente, llevando entendido, que no seria fácil la empresa de aquel dia, ni creible que los Mejicanos dejasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchimilco, lugar de tanta consecuencia y tan avanzado, particularmente cuando iban cargados hácia el mismo parage todos los fugitivos de los reencuentros pasados: lo cual se verificó brevemente, porque los enemigos, cuyo número pudo ser verdadero, pero se omite por inverisímil, tenian formados sus escuadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso que bajaba rápidamente á descansar en la laguna; cuya ribera es-

taba guarnecida con duplicadas tropas, y el grueso principal aplicado á la defensa de una puente de madera que dejáron de cortar, porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla y fagina, suponiendo que si la perdiesen, quedarian con el paso estrecho de su parte, para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Reconoció Hernan Cortes la dificultad, y esforzándose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera, y entretanto que se peleaba, con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los españoles á ganar el puente, donde halláron tan porfiada resistencia, que fuéron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos de sus mismas trincheras como se iban ganando, se detuviéron poco en tener el paso á su disposicion, cuya pérdida desalentó á los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga, solicitada ya por los capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desórden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasó nuestra gente con toda la dili-

gencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo tiempo, deseando lograr el desabrigo de la otra ribera, se arrojáron al agua diferentes compañías de Tlascala, y Tezcuco; y rompiendo en nado la corriente, se anticipáron á unirse con el ejército. Esperaban ya los enemigos, puestos en órden, cerca de la muralla; pero al primer avance de los españoles, empezáron á retroceder, provocando siempre con las voces, y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortes los acometió tan ejecutivamente, que al primer choque se reconoció cuan cerca estaban del miedo las afectaciones del valor. Fuéronse retirando á la ciudad, en cuya entrada perdiéron mucha gente; y amparándose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volviéron á las armas y á las provocaciones.

Dejó Hernan Cortes parte de su ejército en la campaña para cubrir la retirada y embarazar las invasiones de afuera, y entró con el resto á proseguir el alcance, para cuyo efecto señalando algunas compañías que apartasen la oposicion de las calles inmediatas, acometió

por la principal, donde tenian los enemigos su mayor fuerza. Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada, porque se arrojó entre la muchedumbre con mas ardimiento que advertencia, y se halló solo con el enemigo por todas partes, cuando quizo volver al socorro de los suyos. Mantúvose peleando valerosamente, hasta que se le rindió el caballo, y dejándose caer en tierra, le puso en evidente peligro de perderse, porque se abalanzáron á él los que se halláron mas cerca, y antes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuviéron poco menos que rendido, siendo entonces su mayor defensa lo que interesaban aquellos Mejicanos en llevarle vivo á su príncipe. Hallábase á la sazon poco distante un soldado conocido por su valor, que se llamaba cristóval de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su general, convocó algunos Tlascaltecas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo y tan bien asistido de los que le seguian, que dando la muerte por sus manos á los que mas

inmediatamente oprimian á Cortes, tuvo la fortuna de restituirle á su libertad: con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua, quedáron por los españoles todas las calles de la tierra,

Salió Hernan Cortes de este combate con dos heridas leves, y cristóval de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoráron despues la memoria de su hazaña. Dice antonio de Herrera, que se debió el socorro de Cortes á un Tlascalteca, de quien ni antes se tenia conocimiento, ni despues se tuvo noticia, y deja el suceso en reputacion de milagro: pero bernal Diaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, le atribuye á cristóval de Olea; y los de su linage, dejando á Dios el que le toca, tendrán alguna disculpa, si dieren mas crédito á lo que fué que á lo que se presumió.

No estuvo, entretanto que se peleaba en la ciudad, sin ejercicio el trozo que se dejó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á cristóval de Olid, pedro de Alvarado y andres de Tapia, por quelos nobles de Méjico hiciéron un esfuerzo extraordinario para reforzar

la guarnicion de Suchimilco, cuya defensa tenia cuidadoso á su príncipe Guatimozin; y embarcándose con hasta diez mil hombres de buena calidad, saliéron á tierra por diferente parage, con noticia de que los españoles andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas; pero fuéron descubiertos y cargados con toda resolucion, hasta que últimamente volviéron á buscar sus embarcaciones, dejando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que traian capitanes de reputacion; y fué tan estrecho el combate, que saliéron heridos los tres cabos, y número considerable de soldados españoles y tlascaltecas.

Quedó con este suceso Hernan Cortes dueño de la campaña, y de todas las calles y edificios que salian á la tierra, y poniendo suficiente guardia en los surgideros por donde se comunicaban los barrios, trató de alojar su ejército en unos grandes patios, cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla, bastante á resistir las armas de los Mejicanos; pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor

seguridad al descanso de la gente, y á la cura de los heridos.

Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañías á reconocer lo alto del adoratorio, y hallándole totalmente desamparado, mandó que se alojasen veinte ó treinta españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, asi del agua como de la tierra, con un cabo que atendiese á mudar las centinelas, y cuidase de su vigilancia: prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente, porque al caer de la tarde bajó noticia de que se habian descubierto á la parte de Méjico mas de dos mil canoas reforzadas, que se venian acercando á todo remo, con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarniciones de los surgideros, y á la mañana se reconoció tambien el desembarco de los enemigos, que fué á largo trecho de la ciudad, cuyo grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres.

Salió Hernan Cortes á recibirlos fuera de los muros, eligiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos; y dejando buena parte de su ejército á la defensa del alojamiento. Diéronse vista los dos

ejércitos, y fué de los Mejicanos el primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocediéron lo bastante para que cerrasen los demas con la espada en la mano, y se fuesen abreviando los términos de su resistencia, con tanto rigor, que tardáron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo mas de alcance que de victoria.

Cuatro dias se detuvo Hernan Cortes en Suchimilco, para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos, porque la vecindad facilitaba los socorros de Méjico; y el rato que faltaban las invasiones, bastaba el rezelo para fatigar la gente.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en ejecucion como estaba resuelta, sin que cesase la persecucion de los enemigos: porque se adelantáron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha; cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortes á su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligáron á esta salida, reconocer á Suchimilco, puesto de con-

secuencia para su entrada; y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de Méjico. Pero en lo interior venia desazonado y melancólico de haber perdido en esta jornada nueve ó diez españoles: porque sobre los que muriéron en el primer asalto de la montaña, le lleváron tres ó cuatro en Suchimilco, que se alargáron á saquear una casa de las que tenia esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que diéron en una emboscada, por haberse apartado inadvertidamente del ejército: creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus ídolos; cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, cuando le tuviéron los enemigos en su poder, de morir en semejante abominacion; pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion, trataba solo de prevenir las quejas del valor, dejando para despues los remordimientos de la prudencia.

CAPÍTULO XIX.

Remédiase con el castigo de un soldado español la conjuracion de algunos españoles que intentáron matar á Hernan Cortes; y con la muerte de Xicotencal un movimiento sedicioso de algunos Tlascaltecas.

Estaban ya los bergantines en total disposicion para que se pudiese tratar de botarlos al agua; y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlos. Íbanse adelantando las demas prevenciones que parecian necesarias. Hízose abundante provision de armas para los indios: registráronse los almacenes de las municiones: requirióse la artillería: dióse aviso á los caciques amigos, señalándoles el dia en que se debian presentar con sus tropas: y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian continuamente á la plaza de armas, parte por el interes de los rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortes personalmente á los menores ápices de que se compone aquel todo, que debe ir á la mano en las facciones militares, cuyo peligro procede

muchas veces de faltas ligeras, y pide prolijidades á la providencia.

Pero al mismo tiempo que traia la imaginacion ocupada en estas dependencias, se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en ejercicio su valor, y dejó desagraviada su cordura. Díjole un Español de los antiguos en el ejército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente; y conseguida su audiencia, como la pedia, le descubrió una conjuracion que se habia dispuesto en el tiempo de su ausencia contra su vida y la de todos sus amigos. Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se oye la primera vez en el delito. Llamábase antonio de Villafaña, y fué su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó brevemente á resoluciones de grande amenaza. Culpaban él y los de su opinion á Hernan Cortes de obstinado en aquella conquista, repitiendo, que no querian perderse por su temeridad; y hablando en

escapar á la isla de Cuba, como en negocio de fácil ejecucion, segun el dictámen de sus cortas obligaciones. Juntáronse á discurrir en este punto con mayor recato; y aunque no hallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza de armas, ni en facilitar el paso de Tlascala con alguna órden supuesta de su general, tropezaban luego en el inconveniente de tocar en la Vera-Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortes, sin llevar pasaporte suyo, ni excusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallábanse atajados, y volvian al tema de su retirada, sin elegir el camino de conseguirla, firmes en la resolucion, y poco atentos al desabrigo de los medios.

Pero antonio de Villafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente, que se podria ocurrir á todo, matando á Cortes y á sus principales consejeros, para elegir otro general á su modo, menos empeñado en la empresa de Méjico, y mas fácil de reducir: á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio

á diego Velazquez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del rey. Aprobáron todos el arbitrio, y abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el aplauso de la sedicion. Formóse luego un papel, en que firmáron los que se hallaban presentes, obligándose á seguir su partido en este horrible atentado; y se manejó el negocio con tanta destreza, que fuéron creciendo las firmas á número considerable; y se pudo temer que llegase á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera-Cruz, con cartas de Castilla, y dársele á Cortes cuando estuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos con pretexto de la novedad, y cuando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion para matarle á puñaladas, y ejecutar lo mismo en los que se hallasen con él, juntándose despues para salir á correr las calles apellidando libertad: movimiento, á su parecer, bastante para que se declarase por ellos todo el ejér-

cito*, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demas que tenian por sospechosos. Habian de morir, segun la cuenta que hacian con su misma ceguedad, cristóval de Olid, gonzalo de Sandoval, pedro de Alvarado y sus hermanos, y andres de Tapia, los dos alcaldes ordinarios, luis Marin y pedro de Ircio, bernal diaz del Castillo y otros soldados confidentes de Cortes. Pensaban elegir por capitan general del ejército á francisco Verdugo, que por estar casado con hermana de diego Velazquez, les parecia el mas fácil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su partido; pero temiendo su condicion pundonorosa y enemiga de la sinrazon, no se atreviéron á comunicarle sus intentos, hasta que una vez ejecutado el delito, se hallase necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

De esta substancia fuéron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad, por hallarse comprehendido en la sedicion; y Hernan Cortes resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las primeras diligencias que se debian hacer para

convencerle de su culpa, en cuyá direccion suele consistir el aclararse ó el obscurecerse la verdad. No pedia menos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luego á ejecutar la prision de Villafaña, llevando consigo á los alcaldes ordinarios, con algunos de sus capitanes, y le halló en su posada con tres ó cuatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion, y despues de mandarle aprisionar hizo seña para que se retirasen todos, con pretexto de hacer algun exámen secreto; y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho el papel del tratado con las firmas de los conjurados. Leyóle, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatándole de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se halláron con el reo, y se retiró, dejando su instruccion á los ministros de justicia, para que se fulminase la causa con toda la brevedad que fuese posible, sin hacer diligencia que tocase á los cómplices, en que hubo pocos lances; porque Villafaña, convencido con la aprehension del

papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luego el delito; con que se fuéron estrechando los términos segun el estilo militar; y se pronunció contra él sentencia de muerte; la cual se ejecutó aquella misma noche: dándole lugar para que cumpliese con las obligaciones de cristiano; y el dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento; con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa; y se logró en los culpados el temor; y en los demas el aborrecimiento de la culpa.

Quedó Hernan Cortes igualmente irritado, y cuidadoso de lo que habia crecido el número de las firmas; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados españoles en el principio de su empresa; y para excusar el castigo de los culpados sin desaire del sufrimiento, echó voz de que se habia tragado antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que, á su parecer, tendria los nombres ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que traia en

el pensamiento antonio de Villafaña, y de la conjuracion que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes; y añadió *que tenia por felicidad suya el ignorar si habia tomado cuerpo el delito con la inclusion de algunos cómplices; aunque la diligencia que logró Villafaña para ocultar un papel que traia en el pecho, no le dejaba dudar que los habia; pero que no queria conocerlos; y solo pedia encarecidamente á sus amigos, que procurasen inquirir si corria entre los Españoles alguna queja de su proceder que necesitase de su enmienda: porque deseaba en todo la mayor satisfaccion de los soldados, y estaba pronto á corregir sus defectos, asi como sabria volver al rigor y á la justicia, si la moderacion del castigo se hiciese tibieza del escarmiento.*

Mandó luego que fuesen puestos en libertad los soldados que asistian á Villafaña; y con esta declaracion de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se diéron por seguros de que se ignoraba su delito; y sirviéron despues con mayor

cuidado, porque necesitaban de la puntualidad, para desmentir los indicios de la culpa.

Fué importante advertencia, la de ocultar el papel de las firmas para no perder aquellos españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos: ¡primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! pero teniendo á menos cordura el exceder en la confianza que suele adormecer el cuidado, á fin de provocar el peligro, nombró entonces compañía de su guardia, para que asistiesen doce soldados con un cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion, como de pretexto para introducir sin extrañeza lo que ya echaba menos su autoridad.

Ofreciósele poco despues embarazo nuevo, que aunque de otro género tuvo sus circunstancias de motin; porque Xicotencal, á cuyo cargo estaban las primeras tropas que viniéron de Tlascala, ó por alguna desazon, fácil de presumir en su altivez natural, ó porque duraban todavía en su corazon algunas reliquias de la pasada enemistad, se determinó á desamparar el ejército, convocando al-

gunas compañías, que á fuerza de sus instancias ofreciéron asistirle. Valióse de la noche para ejecutar su retirada; y Hernan Cortes que la supo luego de los mismos Tlascaltecas, sintió vivamente una demostracion de tan dañosas consecuencias en cabo tan principal de aquellas naciones, cuando se estaba ya con las armas casi en las manos para dar principio á la empresa. Despachó en su alcance algunos indios nobles de Tezcuco para que le procurasen reducir á que por lo menos se detuviese hasta proponer su razon; pero la respuesta de este mensage, que fué no solamente resuelta, sino descortes, con algo de menosprecio, le puso en mayor irritacion, y envió luego en su alcance dos ó tres compañías de españoles, con suficiente número de indios Tezcucanos y Chalqueses para que le prendiesen; y en caso de no reducirse, le matasen. Ejecutóse lo segundo, porque se halló en él porfiada resistencia, y alguna flojedad en los que le seguian contra su dictámen; los cuales se volviéron luego al ejército, quedando el cadáver pendiente de un árbol.

Asi lo refiere bernal diaz del Casti-

llo; aunque antonio de Herrera dicé que le lleváron á Tezcuco, y que usando Hernan Cortes de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar públicamente dentro de la misma ciudad: lectura que parece menos semejante á la verdad, porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta ejecucion con tanto número de Tlascaltecas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

Algunos dicen que le matáron con órden secreta de Cortes los mismos españoles que saliéron al camino, en que hallamos algo menos aventurada la resolucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada, y tan sobre lo posible de los sucesos, que tenia prevenido este lance de suerte, que ni los Tlascaltecas del ejército, ni la república de Tlascala, ni su mismo padre hiciéron queja de su muerte; porque sabiendo algunos dias antes que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones; y en desacreditar la empresa de Méjico entre los de su nacion, participó á Tlascala esta

noticia para que le llamasen á su tierra, con pretexto de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desórden; y el senado, en que asistió su padre, le respondió, que aquel delito de amotinar los ejércitos, era digno de muerte segun los estatutos de la república; y que asi podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo ejecutarian si volviese á Tlascala; no solo con él, sino con todos los que le acompañasen: cuya permision facilitaria mucho entonces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la ejecucion fuera de Tezcuco, segun lo refiere bernal Diaz; porque no dejaria Hernan Cortes de tener presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad; ó referirles el hecho despues de sucedido; siendo máxima evidente, que abultan mas en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos; asi como pueden menos con el corazon las que se mandan por los oidos.

CAPÍTULO XX.

Échanse al agua los bergantines, y dividido el ejército de tierra en tres partes para que al mismo tiempo se acometiese por Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortes por la laguna, y rompe una gran flota de canoas Mejicanas.

No se dejaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Íbanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines: obra que se consiguió con felicidad, debiéndose tambien á la industria de martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Dijose antes una misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortes con todos sus españoles. Bendijo el sacerdote los buques: dióse á cada uno su nombre, segun el estilo náutico, y entretanto que se introducian los adherentes, que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las jarcias y velas, pasáron muestra en escuadron los españoles, cuyo ejército constaba entonces de novecientos hombres; los ciento y noventa y cuatro entre arcabuces y ballestas; los demas de

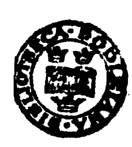
espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce, con suficiente provision de pólvora y balas.

Aplicó Hernan Cortes á cada bergantin veinte y cinco españoles, con un capitan, doce remeros, á seis por banda; y una pieza de artillería. Los capitanes fuéron pedro de Barba, natural de Sevilla: garcía de Holguin, de Cáceres: juan Portillo, de Portillo: juan rodriguez de Villa-fuerte, de Medellín: juan Jaramillo, de Salvatierra en Estremadura: miguel diaz de Auz, aragonés: francisco rodriguez Magarino, de Mérida: cristóval Flores, de Valencia de don Juan: antonio de Barabajal, de Zamora: gerónimo Ruiz de la Mota, de Curgos: pedro Briones, de Salamanca: rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo: y antonio Sotelo, de Zamora: los cuales se embarcáron luego, cada uno á la defensa de su bajel, y al socorro de los ótros.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó, con parecer de sus capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principa-

les de Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, sin alargarse á la de Suchimilco, por excusar la desunion de su gente, y tenerla en parage que pudiesen recibir menos dificultosamente sus órdenes, para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes, y encargó á pedro de Alvarado la expedicion de Tacuba, con nombramiento de gobernador y cabo principal de aquella entrada, llevando á su órden ciento y cincuenta españoles, y treinta caballos en tres compañías á cargo de los capitanes jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz y andres de Monjaraz, dos piezas de artillería y treinta mil Tlascaltecas. El ataque de Cuyoacan encargó al maestre de campo cristóval de Olid con ciento y sesenta españoles en las tres compañías de francisco Verdugo, andres de Tapia y francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería y cerca de treinta mil indios confederados; y últimamente cometió á gonzalo de Sandoval, la entrada que se habia de hacer por Iztacpalapa, con otros ciento y cincuenta españoles á cargo de los capitanes luis Marin y pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinte y cuatro caballos, toda la gente de Chalco, Guajocingo y Cholula

que serian mas de cuarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirviéron en estas entradas la opinion de antonio de Herrera, porque bernal Diaz del Castillo da solamente ocho mil Tlascaltecas á cado uno de los tres capitanes, y repite algunas veces que fuéron de mas embarazo que servicio, sin decir donde quedáron tantos millares de hombres como viniéron al sitio de aquella ciudad: ambicion descubierta de que lo hiciesen todo los españoles, y poco advertida en nuestro sentir; porque deja increible lo que procura encarecer, cuando bastaba para encarecimiento la verdad.



Partiéron juntos cristóval de Olid y gonzalo de Sandoval, que se habian de apartar en Tacuba, y se alojáron en aquella ciudad sin contradiccion, despoblada ya, como lo estaban los demas lugares contiguos á la laguna; porque los vecinos que se hallaban capaces de tomar las armas, acudiéron á la defensa de Méjico, y los demas se amparáron de los montes con todo lo que pudiéron retirar de sus haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas mejicanas, á poco mas de media legua, que venian á cubrir los conductos

del agua que bajaban de las sierras de Chapultepeque: prevencion cuidadosa de Guatimozin, que sabiendo el movimiento de los españoles, trató de poner en defensa los manantiales de que se proveian todas las fuentes de agua dulce que se gastaba en la ciudad.

Descubríanse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa, y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos capitanes saliéron de Tacuba con la mayor parte de su gente; y aunque halláron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto, y se rompiéron por dos ó tres partes los conductos y los paredones, con que bajó la corriente, dividida en varios arroyos, á buscar su centro en la laguna; debiéndose á cristóval de Olid y á pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de Méjico, y dejar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que bajaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los convoyes.

Conseguida esta faccion partió cristó-

val de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoacan, y Hernan Cortes, dejando á gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegase á Iztacpalapa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna para estar sobre todo, y acudir con los socorros donde llamase la necesidad. Llevó consigo á don Fernando, señor de Tezcuco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Cárlos, como súbdito del emperador. Dejó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la comunicacion de los cuarteles, y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, disponiendo lo mejor que pudo el adorno de las banderas, flámulas y gallardetes: exterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la novedad.

Iba con propósito de acercarse á Méjico para dejarse ver como señor de la laguna, y volver luego sobre Iztacpalapa, donde le daba cuidado gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de

aquella poblacion, que por estar dentro del agua, eran continuo receptáculo de las canoas Mejicanas. Pero al tomar la vuelta, descubrió, á poca distancia de la ciudad, una isleta ó montecillo de peñascos que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los españoles, provocándolos con injurias y amenazas desde aquel puesto, donde á su parecer estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dejar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada; y hallando en el mismo sentir á sus capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre, y subiéron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos y se defendian valerosamente, hasta que perdida la esperanza de mantener la eminencia, se retiráron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados, y pereció-

ron muchos, aunque fuéron mas los que se perdonáron por no ensangrentar la espada en los rendidos, cuando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mejicanos, volviéron los españoles á cobrar sus bergantines, y cuando se disponian para tomar el rumbo de Iztacpalapa, fué preciso discurrir en nuevo accidente, porque se dejáron ver á la parte de Méjico algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantáron á boga lenta para que saliesen las démas, y á breve rato fuéron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntáron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de cuatro mil, cuya multitud, con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos venia como anegando la laguna.

Dispuso Hernan Cortes sus bergantines, formando una espaciosa media luna para dilatar la frente y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y

en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucho porte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mejicanos, para darles á entender que admitia la batalla : y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros : porque la calma de aquel dia dejaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detúvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable providencia, que no se descuidaba en declararse por los españoles, dispuso entonces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dejarse caer sobre las embarcaciones Mejicanas. Diéron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerráron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí cuanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro : peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos, y obligándolos á proejar para defenderse, y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas

proas hacian pedazos á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique, sin rezelar el choque. Hiciéron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia, lo demas fué todo confusion, y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdiéron los enemigos la mayor parte de su gente: quedó rota y deshecha su armada, cuyas reliquias miserables siguiéron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Fué de grande consecuencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el crédito de incontrastables que adquiriéron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los Mejicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas, no por las que perdiéron entonces, número limitado, respecto de las que tenian de reserva, sino porque se desengañáron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderósa oposicion. Quedó por los Españoles el dominio de la laguna, y Hernan Cortes tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pom-

pa del suceso, que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de Mejicanos que coronaban sus torres y azuteas á la expectacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le pareciéron pocos para testigos de su hazaña: complacencias de vencedores, que suelen comprehender á los mas advertidos como adornos de la victoria, ó como accidente de la felicidad.

CAPÍTULO XXI.

Pasa Hernan Cortes á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoacán, Iztacpalapa y Tacuba, y en todas fué necesario el socorro de los bergantines; deja cuatro á gonzalo de Sandoval, cuatro á pedro de Alvarado: y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes.

Eligió parage cerca de Tezcuco donde pasar la noche y atender al descanso de la gente con alguna seguridad, pero al amanecer, cuando se disponian los bergantines para tomar el rumbo de Iztacpalapa, se descubrió un grueso considerable de canoas que navegaban acelerada-

mente la vuelta de Cuyoacan, con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fué posible dar alcance á la flota enemiga, pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba cristóval de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas que llegáron de refresco, en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Enseñó la necesidad á los Mejicanos cuanto pudiera el arte de la guerra para defender el paso de las calzadas. Tenian levantados hácia la parte de la ciudad los puentes de aquellos hoyos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna: y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dejaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultában los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los españoles, y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ba-

flestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entretanto que pasaban de mano en mano lás faginas para cegar el foso; y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Tenia ganado cristóval de Olid el primer foso cuando llegáron las canoas enemigas; pero al descubrir los bergantines, huyéron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las que pudo encontrar el alcance de la artillería; y porquè no dejaban de pelear las que á su parecer estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortes ensanchar el foso de la retaguardia para dar paso á tres ó cuatro bergantines, de cuya primera vista resultó la fuga total de las canoas; y los enemigos que defendian la puente inmediata, viéndose descubiertos á las baterías de agua y tierra, se recogiéron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Descansó la gente aquella noche, sin desamparar el avance de la calzada; y al amanecer se prosiguió la marcha con

poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion, pero se conoció la dificultad despues del empeño, y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugáron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entretanto que trabajaba cristóval de Olid en cegar el foso y romper las fortificaciones de la calzada. Lo cual ejecutado, se arrojó á los enemigos que la defendian, haciendo lugar con su vanguardia, para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercáronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fué valerosa por todas partes su resistencia; pero á breve rato perdiéron alguna tierra, y Hernan Cortes, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta españoles, y dió tanto calor al avance, que tardáron poco los enemigos en volver las espaldas, y se ganó la calle prin-

cipal de Méjico, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados.

Tropezóse luego con otra dificultad, porque los Mejicanos que iban huyendo, habian ocupado un adoratorio, poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca exterior, se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el edificio. Desafiaban á los españoles con la voz tan entera, como si acabaran de vencer: y Hernan Cortes, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traer de los bergantines tres ó cuatro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligro, y brevemente fué necesario bajar la puntería contra los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel parage, porque los que peleaban desde las azuteas y ventanas, se moviéron al paso de los demas; con que avanzó el ejército, y se ganó el adoratorio sin contradiccion.

Fué grande la pérdida de gente que hiciéron este dia los Mejicanos. Entregáronse al fuego los ídolos, cuyos hor-

ribles simulacros sirviéron de luminarias al suceso. Y Hernan Cortes quedó satisfecho de haber puesto los pies dentro de la ciudad. Y hallando el adoratorio capaz de mas que ordinaria defensa, no solo determinó alojar su ejército en él aquella noche, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto para estrechar el sitio, y tener adelantado el cuartel de Cuyoacan: pensamiento que participó á sus capitanes, con los motivos que le dictaba entonces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representáron *que no sabiendo el estado en que tenian sus entradas gonzalo de Sandoval, y pedro de Alvarado seria temeridad exponerse á perder el paso de la calzada, y con él la esperanza de los víveres y municiones, de que necesitaban para conservarse. Que su conduccion no se debia fiar de los bergantines, porque no cabiendo en las acequias de aquel parage, necesitarian de hacer su desembarco en bastante distancia para que no fuese posible recibirlos ni trasportarlos, sin disponerse á una batalla para cada socorro. Que los trozos del ejército debian caminar á*

un mismo paso en sus ataques para dividir las fuerzas del enemigo, y darse la mano hasta en el tiempo de acuartelarse dentro de la ciudad. Y finalmente, que las disposiciones resueltas, con parecer de todos los cabos, sobre la forma de gobernar el sitio de Méjico, no se debian alterar, sin madura consideracion, ni entrar en aquel empeño voluntario, sin mas causa que dar sobrado crédito á la victoria de aquel dia; no siendo totalmente seguras las consecuencias de los buenos sucesos, que á manera de lisonjas solian muchas veces engañar la cordura, deleitando la imaginacion. Conoció Hernan Cortes que le aconsejaban lo mas conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes para enamorarse de la razon, y se retiró la mañana siguiente á Cuyoacan, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines; con que no se atreviéron los enemigos á inquietar la marcha.

Pasó el mismo dia á Iztacpalapa, donde halló á gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Habia ocupado

los edificios de la tierra y alojado su ejército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos, que se recogiéron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban: arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de Méjico, que intentáron atacarle por tierra; y aquel dia, porque los enemigos habian desamparado una casa grande, que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla para mejorarse, y desviar las ofensas de su cuartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á ejecutarlo con parte de su gente; pero apenas lo consiguió, cuando avanzáron las canoas que tenian puestas en celada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada, por cuyo medio consiguiéron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

En este conflicto se hallaba, cuando llegó Hernan-Cortes, y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua que miraban á la parte de Méjico, dió calor á la boga, y empezó á

jugar su artillería con tanto efecto, que asi por el daño que hiciéron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyéron todas á un tiempo, con ansia de salir á la laguna por las calles mas retiradas, y con tanto desórden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fuéron muchas á pique, y las demas viniéron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hiciéron este dia los Mejicanos una pérdida, que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas; y reconociéndose despues aquella parte de la ciudad que tenian ocupada, se halláron algunos prisioneros y bastante despojo; no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados. Conoció Hernan Cortes, á vista de las dificultades que habia experimentado gonzalo de Sandoval en Iztacpalapa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada, sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas mejicanas, arruinando la media ciudad, detencion, que seria dañosa para el estado que tenian las demas entradas, y determinó que se desamparase por en-

tonces aquel puesto, y pasase gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada mas estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que segun los avisos antecedentes, introducia por aquel parage los víveres de que ya necesitaba. Ejecutóse luego esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo cuartel; y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortes la vuelta de Tacuba.

Halló desamparada esta ciudad pedro de Alvarado, con que tuvo menos que vencer para dar principio á sus entradas. Ejecutó algunas con varios sucesos, batiendo reparos y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas cristóval de Olid; y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de Méjico, le habian muerto, cuando llegó Hernan Cortes, ocho españoles: pérdida en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Consideró Hernan Cortes que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de Méjico á este género de acometimientos y retiradas: guerra en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente, sin ganancia que pasase de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso: el camino de las calzadas tenia suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los Mejicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número excesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines; y uno y otro pedia nuevos medios que facilitasen la empresa.

Mandó entonces que cesasen las entradas hasta otra órden y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna; para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas, con las cuales, y con las que viniéron de Tezcuco y Chalco, se juntó un grueso, que puso en nuevo cuidado al enemigo. Dividiólas en tres cuerpos, y formando su guarnicion de aquellos indios que sabian manejarlas, nombró capitanes de su

nacion que las gobernasen por escuadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió cuatro á gonzalo de Sandoval, cuatro á pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el maestre de campo cristóval de Olid.

Repitiéronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltáron totalmente las ofensas que mas embarazaban; y Hernan Cortes ordenó al mismo tiempo, que los bergantines y canoas rondasen la laguna, y corriesen el distrito de las tres calzadas para impedir los socorros de la ciudad; por cuyo medio se hiciéron repetidas presas de las embarcaciones, que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua, y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Cristóval de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos ó primeras casas de la ciudad: pedro de Alvarado y gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques: con lo cual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudáron de semblante las cosas. Concibió el ejército nuevas esperanzas, y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en

las ocasiones con aquel género de alegre solicitud, semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuviéron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

CAPÍTULO XXII.

Sírvense de varios ardides los Mejicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines; y Hernan Cortes padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Cuyoacan.

Fué notable, y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendiéron su ciudad los Mejicanos. Obraba como natural en ellos el valor, criados en la milicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasáron de valientes á discursivos, porque ncesitáron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas y cuyas disposiciones erán fuera del uso en aquella tierra, y lográron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de mas que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que halláron ca-

jéron á la presa con todo el ímpetu de los remos; y á breve rato diéron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos y en estado, que ni podian retroceder, ni pasar adelante.

Saliéron al mismo tiempo las piraguas enemigas, y los cargáron por todas partes con desesperada resolucion. Llegáron á verse los españoles en contingencia de perderse; pero llamando al corazon los últimos esfuerzos de su espíritu, mantuviéron el combate para divertir el enemigo entretanto que algunos nadadores saltáron al agua, y á fuerza de brazos y de instrumentos rompiéron ó apartáron aquellos estorbos en que zabordaban los buques, cuya diligencia bastó para que pudiesen tomar la vuelta y jugar su artillería, dando al traves con la mayor parte de las piraguas, y siguiendo las balas el alcance de las que procuraban escapar. Quedó con bastante castigo el estratagema de losMejicanos; pero saliéron de la ocasion maltratados los bergantines, heridos y fatigados los españoles. Murió peleando el capitan juan Portillo, á cuyo valor y actividad se debió la mayor parte del suceso: y el capitan pedro de Barba salió con algunas heridas penetrantes, de

que murió tambien dentro de tres dias; pérdidas ambas que sintió Hernan Cortes con notables demostraciones, y particularmente la de pedro de Barba, porque le faltó en él un amigo igualmente seguro en todas fortunas, y un soldado valeroso sin achaques de valiente, y cuerdo sin tibiezas de reportado.

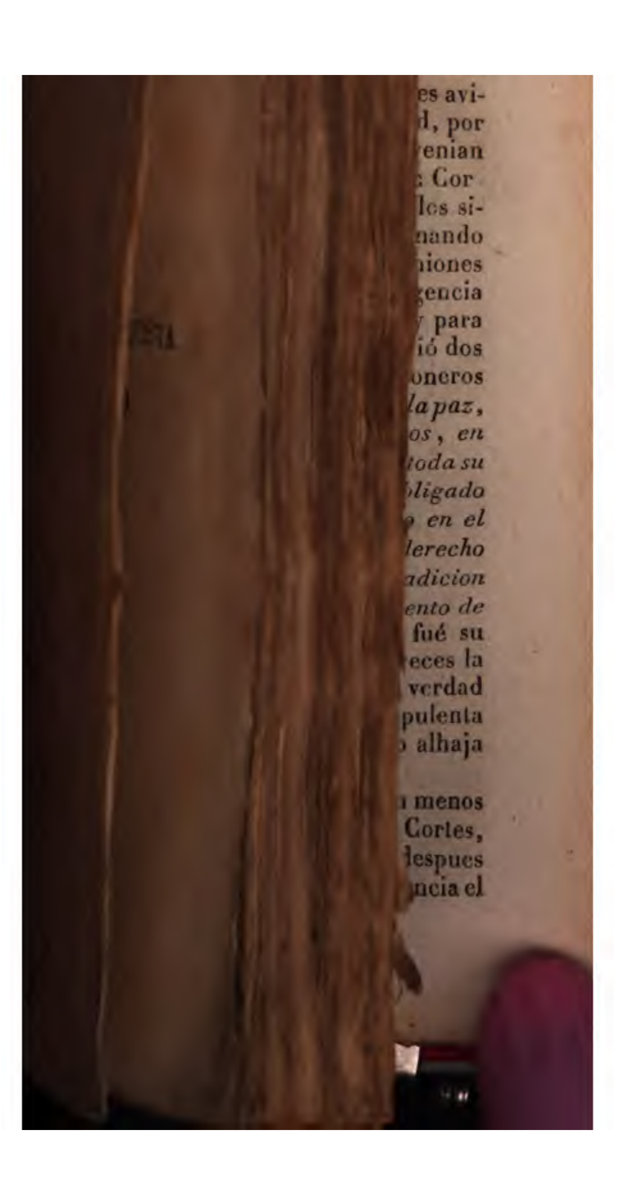
Tardó poco en venirse á las manos la venganza de este suceso; porque los Mejicanos volviéron á reparar sus piraguas, y con nuevas embarcaciones de iguales medidas, se ocultáron otra vez en el mismo bosque, fortificándole con nueva estacada, y creyendo, menos advertidamente, lograr segundo golpe, sin dar otro calor al engaño. Llegó dichosamente, á noticia de Hernan Cortes, este movimiento del enemigo, y procurando adelantar cuanto pudo la satisfaccion de su pérdida, ordenó que fuesen de noche á la desbilada seis bergantines á emboscarse dentro de otro cañaveral, que se descubria no muy distante de la celada enemiga, y que usando de su mismo estratagema, saliese al amanecer uno de ellos, dando á entender con diferentes puntas, que buscaba las canoas de la provision, y acercándose despues á las pi-

raguas ocultas, lo que fuese necesario para fingir que las habia descubierto, y para tomar entonces la vuelta, llamándolas con fuga diligente hácia el parage de la contra emboscada prevenida. Sucedió todo como se habia dispuesto : saliéron los Mejicanos con sus piraguas á seguir el alcance del bergantin fugitivo, abalanzándose á la presa, que ya daban por suya, con grandes alaridos y mayor velocidad, hasta que llegando á distancia conveniente, les saliéron al encuentro los otros bergantines, recibiéndolos, antes que se pudiesen detener, con la artillería, cuyo rigor se llevó de la primera carga buena parte de las piraguas, dejando á las demas en estado, que ni el temor encontraba con la fuga, ni la turbacion las apartaba del peligro. Pereciéron casi todas á la repeticion de los tiros, y murió la mayor parte de la gente que las defendia; con que no solo se vengó la muerte de pedro de Barba y juan Portillo, pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortes no sin conocimiento de que aprendió de los Mejicanos el ardid ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Llegaban por entonces frecuentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas; y sabiendo Hernan Cortes que se hacian ya sentir entre los sitiados la hambre y la sed, ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas; y para dar nueva razon á sus armas; envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozin, *convidándole con la paz, y ofreciéndole partidos ventajosos, en órden á dejarle con el reino, y en toda su grandeza, quedando solamente obligado á reconocer el supremo dominio en el rey de los españoles; cuyo derecho apoyaba entre los Mejicanos la tradicion de sus mayores, y el consentimiento de los siglos.* En esta substancia fué su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia, porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa, que ya miraba como alhaja de su rey.

Oyó entonces Guatimozin, con menos altivez que solia, el mensage de Cortes, y segun lo que refiriéron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el





es avi-
d, por
venian
Cor
les si-
nando
niones
gencia
para
ió dos
oneros
la paz,
os, en
toda su
bligado
en el
lerecho
adicion
ento de
fué su
eces la
verdad
pulenta
alhaja

menos
Cortes,
lespues
ncia el

consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos, que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta *el estado miserable á que se hallaba reducida la ciudad, la gente de guerra que se perdia, lo que se congojaba el pueblo con los principios de la necesidad, la ruina de los edificios, y últimamente pidió consejo, inclinándose á la paz lo bastante para que le siguiese la lisonja ó el respeto* como sucedió entonces, porque todos los cabos y ministros votáron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen los partidos con que se ofrecia, reservando para despues el discurrir sobre su proporcion ó su disonancia.

Pero los sacerdotes se opusiéron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus ídolos, que aseguraban de nuevo la victoria, ó seria verdad en estos ministros la mentira de sus dioses, porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictámen, armado con el zelo de la religion, ó libre con el pretexto de piadoso,

que se redujéron á él todos los votos, y Guatimozin, no sin particular desabrimiento, porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina, resolvió que se continuase la guerra: intimando á sus ministros, que perdiera la cabeza cualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz por aprietos en que se llegase á ver la ciudad, sin exceptuar de este castigo á los mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Determinó Hernan Cortes con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas; para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo mas interior de la ciudad, y enviando las órdenes á los dos capitanes de Tacuba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de cristóval de Olid por Cuyoacan. Tenian los enemigos abiertos los fosos y fabricados sus reparos en la forma que solian, pero los cinco bergantines de aquel distrito rompiéron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos, y pasó el ejército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera,

edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo mas ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una flojedad repentina que pareció ejecucion de nueva órden; porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban: y segun lo que se presumió entonces y se averiguò despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozin el desamparo del foso grande, y ordenó á sus cabos que tratasen de guardarse y conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan Cortes por sospechoso este movimiento del enemigo, y porque se iba limitando el tiempo, de que necesitaba para llegar antes de la noche á su cuartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen y diesen al fuego algunos edificios, para quitar los padrastros de la entrada siguiente.

Pero apenas se dió principio á la marcha, cuando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban ellos *là Bocina Sagrada*, porque solamente la podian tòcar los sacerdotes cuando intimaban la guerra y concitaban los ánimos de parte de sus dioses. Era el sonido vehemente, y el toque

una cancion compuesta de bramidos que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el ejército de la ciudad cayó sobre la retaguardia, que llevaban á su cargo los españoles, una multitud innumerable de gente resuelta y escogida para la faccion que traian premeditada.

Hiciéron frente los arcabuces y ballestas; y Hernan Cortes con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entonces el embarazo del foso que impedia la retirada, quiso doblarse, y no lo pudo conseguir, porque las naciones amigas, como traian órden para retirarse, y tropezáron primero con la dificultad, cerráron con ella precipitadamente, y no se oyéron las órdenes, y no se obedeciéron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas, siendo mas los que se arrojáron al agua, donde halláron tropas de indios nadadores que los herian ó anegaban. Quedó solo Hernan Cortes con algunos de los suyos á sustentar el combate. Matáron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeándose

tisfaccion de su delito; y él le reprehendió con severidad, dejándole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que merecia. Fué preciso alzar por entonces la mano de la guerra ofensiva, y se trató solo de ceñir el asedio y estrechar el paso á las vituallas, entretanto que se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fuéron muchos, y mas fáciles de numerar los que no lo estaban.

Pero se descubrió entonces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Cathalan, que sin otra medicina que un poco de aceite y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía, curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los salmos: habilidad ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso exámen. Pero en este caso no seria temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios comunicar á los

hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice, que fué una muger española, que se llamaba Isabel Rodriguez, la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del castillo que se halló mas cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma el tropezar con estas discordancias de los autores, no todas se deben apurar; porque siendo cierta la obra, importa poco á la verdad la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los mejicanos que aplaudiéron su victoria con grandes regocijos. Viéronse aquella noche desde los cuarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes; y en el mayor, dedicado al dios de la guerra, se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de menos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los españoles que prendiéron vivos, cuyos corazones palpitantes, llamando al Dios de la verdad mientras les duraba el espíritu,

diéron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente, pero se alargaban algunos de los soldados á decir, que percibian las voces y conocian los sugetos. ¡Lastimoso espectáculo¡ y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto y tan sensible, que ni Hernan Cortes pudo reprimir sus lágrimas, ni dejar de acompañarle con la misma demostracion todos los que le asistian.

Quedáron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber aplacado al ídolo de la guerra con el sacrificio de los españoles, que aquella misma noche, pocas horas antes de amanecer, se acercáron por las tres calzadas á inquietar los cuarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que, no sin particular advertencia, consideraban herida y fatigada; pero no supiéron recatar su movimiento, porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba, tra-

tando á manera de culto la desesperacion; y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volviéron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines y de los mismos alojamientos; que disparando al bulto de la gente, dejó bastantemente castigado su atrevimiento.

El dia siguiente dió Guatimozin, por su proprio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortes en el paso de la calzada para entretener al pueblo, con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia; y últimamente divulgó, que aquella deidad suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los ejércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible: que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella cuantos despreciasen este aviso. Fingiólo asi, porque se

persuadió á que tardaria poco en acabar con los españoles; y tuvo inteligencia para introducir en los cuarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios, entre las naciones de indios que militaban contra él: notable ardid para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los cabos.

Tenian tan asentado el crédito las respuetas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadiéron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas, haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por el término fatal de su vida, que se determináron á desamparar el ejército: y en las dos ó tres primeras noches faltó de los cuarteles la mayor parte de los confederados, siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprehension, que hasta los mismo Tlascaltecas y Tezcucanos se deshiciéron con igual desórden; ó porque temiéron el oráculo como los demas, ó porque se los llevó tras sí el ejemplo de

los que le temian. Quedáron solamente los capitanes y la gente de cuenta, puede ser que con el mismo temor: pero si le tuviéron, fué menos poderosa en ellos la defensa de la vida, que la ofensa de la reputacion.

Entró Hernan Cortes en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco menos que á desconfiar de su empresa; pero luego que llegó á su noticia el orígen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos cabos para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias, señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos vaticinios, y fuesen mas fáciles de reducir al ejército: diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortes, porque pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volviéron á sus cuarteles, con aquel género de nueva osadía, que suele formarse del temor desengañado.

Don Hernando, el príncipe de Tezcuco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos, y con nuevas tropas que halló formadas para

socorrer el ejército. Los Tlascaltecas desertores, que fuéron de la gente mas ordinaria, no se atreviéron á proseguir su viage, temiendo el castigo á que iban expuestos; y estuviéron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañáron de su vana credulidad, tuviéron la dicha de incorporarse con un socorro que venia de Tlascala, y fuéron mejor recibidos en el ejército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortes, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los españoles algunos pueblos, que se conservaban neutrales ó enemigos: entre los cuales vino á rendirse, y á tomar servicio en el ejército la nacion de los Otomies, gente, como dijímos, indómita y feroz, que á guisa de fieras, se conservaba en aquellos montes que daban sus vertientes á la laguna; rebeldes hasta entonces al imperio mejicano, sin otra defensa que vivir en parage poco apetecido por estéril, y despreciado por inhabitable; con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortes con mas de doscientos

mil aliados á su disposicion: pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco menos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades para despertar el conocimiento de los beneficios.

No estuviéron ociosos los Mejicanos el tiempo que duró esta suspension de armas, á que se halláron reducidos los Españoles. Hacian frecuentes salidas, dejándose ver de dia y de noche sobre los cuarteles; pero siempre volviéron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender ni escarmentar. Súpose de los últimos prisioneros: que se hallaba en grande aprieto la ciudad; porque la hambre y la sed tenian congojada la plebe, y mal satisfecha la milicia. Enfermaba y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines, ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad. Llamó Hernan Cortes á sus capitanes

para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del ejército.

Hizo su proposicion con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos, con que le fomentaba el demonio, y se inclinó á que seria conveniente volver luego á las armas por esta probable congetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados: gente de fáciles movimientos: y que asi como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos, porque siempre deseaban la ocasion de llegar á las manos: y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entonces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Viniéron todos en que se continuase la guerra, sin desamparar el asedio; y Hernan Cortes que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, expuestas siempre á los últimos esfuerzos de los Mejicanos, resolvió, que reforzando la guarnicion de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres

calzadas para tomar puestos dentro de la ciudad: los cuales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte hasta llegar á la gran plaza de los mercados, que llamaban el Tlatelulco, donde se unirian las fuerzas para obrar lo que dictase la ocasion. Estuviera mas adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

CAPÍTULO XXIV.

Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlatelulco. Retírase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad, y los Mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

Prevenidos los víveres, el agua y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, saliéron los tres capitanes

de sus cuarteles el dia señalado, al amanecer: pedro de Alvarado por el camino de Tacuba; gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla; y Hernan Cortes con el trozo de cristóval de Olid por el de Cuyoacan, llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Halláronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y con tanta sobra de gente, como si fuera este dia el primero de la guerra; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegáron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganáronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con flojedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los españoles tratáron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su cuartel lo mejor que fué posible; con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los Mejicanos: desarmóse la prevencion que tenian hecha

para cargar la retirada: corrió la voz; engrandeciendo el peligro y apresurando los remedios: acudiéron los nobles y ministros al palacio de Guatimozin, y á instancias de todos se retiró aquella misma noche á lo mas distante de la ciudad. Continuáronse las juntas, y hubo diversos pareceres, desalentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratase desde luego de poner en salvo la persona del rey, sacándole á parage mas seguro; otros, que se fortificase aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte; y otros, que se intentase primero desalojar á los españoles, obligándolos á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozin al consejo de los mas valerosos; y excluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos. Para cuyo efecto juntáron y distribuyéron sus tropas, con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al exterminio de los españoles. Y poco despues que se declaró la mañana, se dejáron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus preven-

ciones; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atreviéron á ejecutar la órden que traian, antes se desengañáron brevemente de que no era posible su empresa; y sin llegar á lo estrecho del ataque, diéron principio á la fuga, con apariencias de retirada: cuyo movimiento, espacioso y remiso por la frente, dió lugar á los españoles para que avanzasen hasta medir las armas, y sin mas diligencia que la que hubiéron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Entróse despues en mayor dificultad, porque fué necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles, pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en menos de cuatro dias se halláron los tres capitanes á vista del Tlatelulco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Fué pedro de Alvarado el primero que llevó á poner los pies dentro de aquella gran plaza, donde intentáron doblarse los enemigos que llevaba cargados; pero

no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga; y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra banda. Reconoció entonces pedro de Alvarado que tenia cerca de sí un grande adoratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo; y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañías para que le asaltasen y mantuviesen: lo cual se consiguió sin dificultad, porque los defensores trataban ya de retirarse con el ejemplo de los suyos. Redujo luego á un escuadron toda su gente para disponer su alojamiento; y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas para dar aviso á los demas capitanes del parage donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba cristóval de Olid y mandaba Hernan Cortes; y la multitud que desembocó e nla plaza, huyendo el avance de su gente, dió en el escuadron que formó con otro intento pedro de Alvarado, donde pereciéron casi todos, combatidos por ambas partes; y sucedió lo

mismo á los que rechazaba en su distrito gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo parage.

Los que se habian retirado á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los españoles, huyéron desalentados á guardar la persona de su rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion; y Hernan Cortes aplicó alguna gente á la defensa de las calles que se dejaban atras para tener seguras las espaldas; y dispuso que los bergantines con sus canoas cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando en diligencia de cualquiera novedad que mereciese reparo.

Fué menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres mejicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua mas profundas, con cabos españoles, que no los dejasen escapar con la carga miserable, para celebrar aquellos banquetes de carne humana, que daban la última solemnidad á sus victorias; y con todo este cuidado no fué posible atajar por la raiz

el inconveniente; pero se redimió el exceso, y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Viniéron aquella noche diferentes cuadrillas de paisanos, poco menos que difuntos á dar su libertad por el sustento; y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inútil que no podian sustentar, hiciéron compasion á todos: y Hernan Cortes, que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos, ordenó que se les diese algun refresco para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Por la mañana se viéron llenas de Mejicanos las calles de su distrito; pero viniéron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido para defender la última retirada: y Hernan Cortes, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta; porque deseaba repetir la instancia de la paz, teniendo entonces por verisímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo menos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos, unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Lleváron esta embajada tres

ó cuatro prisioneros de los mas principales y se aguardó la respuesta no sin esperanza de que hacia fuerza la proposicion, porque se retiró enteramente la multitud que solia concurrir á la defensa de las calles.

Era el distrito que ocupaba Guatimozin con sus nobles, ministros y militares, un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco del Tlatelulco, tenian cerradas todas las avenidas, con una circunvalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagina, que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda que abriéron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortes el dia siguiente, con la mayor parte de los españoles, á reconocer el parage que desamparó el enemigo, y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente; pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos, y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta di-

ligencia de acercarse los españoles, sin ofender ni provocar: y se conoció que tenian ellos la misma órden, porque bajaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban esconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maiz al pueblo para que se creyese que les sobraba el bastimento; y salian de cuando en cuando algunos capitanes á pedir batalla singular con el mas valiente de los españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento, como pudieran de la victoria.

Uno de estos se acercó al parage donde se hallaba Hernan Cortes, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdiéron los españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafío: y cansado

Hernan Cortes de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete, *que trajese otros diez como él, y permitiria que pasase á batallar con todos juntos aquel español*, señalando á su page de rodela. Conoció el indio su desprecio; pero sin darse por entendido, volvió á la porfía con mayor insolencia; y el page, que se llamaba juan nuñez de Mercado, y seria de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo, como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente, lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen; y pasando como pudo el foso, cerró con el Mejicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada, con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus pies: accion que tuvo grande aplauso entre los españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luego á los pies de su amo con la espada y la rodela del vencido; y él que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces y ciñéndole de su mano la espada que ganó por

sus puños, le dejó confirmado, en la opinion de valiente, y admitido á las veras de otra edad en las conversaciones del ejército.

En los tres ó cuatro dias que duró esta suspension de armas, hubo frecuentes conferencias entre los Mejicanos, sobre la proposicion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos; y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su rey; pero aquellos sacerdotes inmundos, que votaban mandando como intérpretes de sus dioses, fortaleciéron el bando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos; por cuyo medio encendiéron los ánimos, haciéndolos partícipes de su furor: con que votáron todos á una voz que se volviese á las armas; y Guatimozin lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo que antes de romper la tregua saliesen todas las piraguas y canoas á una ensenada que hacia la laguna por aquella parte de la

ciudad, para tener prevenida la retirada, caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Ejecutóse luego esta órden, y fuéron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos: de cuya novedad avisáron á Hernan Cortes los españoles de la laguna, y él conoció luego que hacian aquella prevencion los Mejicanos para escapar con la persona de su rey, dejando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por general de todos los bergantines á gonzalo de Sandoval, para que sitiase á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida; y poco despues movió su ejército, con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la órden para defenderse; y antes que llegase la vanguardia, publicáron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusiéronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo, porque al experimentar el destrozo que hiciéron las pri-

meras baterías en aquella frágil muralla, que tenian por impenetrable, se desengañáron de su peligro; y segun parece avisáron de él á Guatimozin, porque tardáron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su príncipe; y con esta permision se presentáron á la otra parte del foso cuatro mejicanos en trage de ministros, los cuales hechas con afectada gravedad las humiliaciones de su costumbre, dijéron á Cortes *que la magestad suprema del poderoso Guatimozin, su señor, los habia nombrado por tratadores de la paz, y los enviaba, para que oyendo al capitan de los españoles volviesen á informarle de lo que se debia capitular en ella.* Respondió Hernan Cortes *que la paz era el único fin de sus armas: y aunque pudieran ellas dar entonces la ley á los que tardaban tanto en conocer la razon, venia desde luego en abrir la plática para que se volviese al tratado; pero que materias de semejante calidad se ajustaban dificultosamente por terce-*

ras personas; y asi era necesario que su príncipe se dejase ver; ó por lo menos se acercase con sus ministros y consejeros, por si hubiese alguna dificultad que necesitase de consulta, puesto que se hallaba con ánimo de venir en cuantos partidos no fuesen repugnantes á la superior autoridad de su rey: á cuyo fin le ofrecia, con empeño de su palabra, y añadió la fuerza del juramento, *que por su parte, no solo cesaria la guerra, pero se procurarian lograr en su obsequio todas las atenciones que mirasen á la seguridad y al respeto de su persona.*

Retiráronse con este mensage los enviados, satisfechos, al parecer, de su despacho, y volviéron aquella misma tarde á decir *que su príncipe vendria el dia siguiente con sus criados y ministros á escuchar desde mas cerca los capítulos de la paz.* Era su intento entretener la conferencia con varios pretextos, hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones para ejecutar la retirada, que ya tenian resuelta: y asi volviéron á la hora señalada los mismos enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozin hasta otro dia, por un

accidente que le habia sobrevenido: alargóse despues el plazo, con pretexto de ajustar algunas condiciones en órden al sitio y á la formalidad de las vistas; y últimamente se pasáron cuatro dias en estas interlocuciones, y se conoció mas tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortes creyó que deseaban la paz, gobernándose, por el estado en que se hallaban, tanto que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozin; y cuando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fe sobre tantas dilaciones, y prorrumpió en amenazas contra el enemigo, sirviéndose de la cólera para ocultar su desaire; y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

CAPÍTULO XXV.

Intentan los Mejicanos retirarse por la laguna: pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de Guatimozin; y finalmente, se consigue su prision y se rinde la ciudad.

Llegó el dia que señaló Hernan Cortes por último plazo á los ministros de Guatimozin, y al amanecer reconoció gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los Mejicanos en las canoas de la ensenada. Puso luego esta novedad en la noticia de Cortes; y juntando los bergantines que tenia distribuidos en diferentes puestos, se fué acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Moviéronse al mismo tiempo las canoas enemigas en que venian los nobles, y casi todos los cabos principales de la plaza; porque traian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su rey, entretanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Asi lo ejecutáron, acometien-

do á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hiciéron las balas en lo distante, se acercáron muchos á recibir los golpes de las picas y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó gonzalo de Sandoval en que iban escapando á todas fuerzas de remos seis ó siete piraguas, por lo mas distante de la ensenada; y ordenó al capitan Garcia de Holguin, que partiese á darles caza con el bergantin de su cargo, y procurase rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.

Nombró entre los demas capitanes á Garcia de Holguin, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin : diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque mas obediente á los remos : circunstancias que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse mas que á tomar la vuelta y alentar la boga, puso tanto calor en su diligencia que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dejarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Paráron todas á un tiempo soltando

los remos al verse acometidas : y los Mejicanos de la primera dijéron á grandes voces, que no se disparase, porque venia en aquella embarcacion la persona de su rey ; segun lo interpretáron algunos soldados españoles que ya sabian algo de su lengua, y para darse á entender mejor, bajáron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua, se arrojáron á la presa Garcia de Holguin, y algunos de sus españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozin ; y conociendo al capitan en el semblante de los otros, le dijo : *yo soy tu prisionero ; y quiero ir donde me puedes llevar : solo te pido, que atiendas al decoro de la emperatriz y de sus criadas.* Pasó luego al bergantin, y dió la mano á su muger para que subiese á él, tan lejos de la turbacion, que reconociendo á garcia de Holguin cuidadoso de las otras piraguas, añadió : *no tienes que discurrir en esa gente de mi séquito porque todos se vendrán á morir donde muriere su príncipe :* y á su primer seña dejáron caer las armas y siguiéron el bergantin, como prisioneros de su obligacion.

Peleaba entretanto gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas; y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza, que tomó á su cargo la resolucion de facilitar; á costa de su sangre, la libertad de su rey. Pero duráron poco en la batalla, porque tuviéron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtiéron los alaridos militares en clamores y lamentos de mas apagado rumor. No solo se rendian con poca ó ninguna resistencia; pero hubo muchos de los nobles que hiciéron pretension de pasar á los bergantines para seguir la fortuna de su príncipe.

Llegó entonces garcia de Holguin, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortes y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió, como de paso cuenta del suceso, y viéndole inclinado á encargarse del gran prisionero, continuó su viage, temiendo que pasase á ser órden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Continuábanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad;

y los Mejicanos que se ofreciéron á defenderla para divertir por aquella parte á los españoles, peleáron con admirable constancia y arrojamiento, hasta que sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozin, se retiráron atropelladamente, volviendo las espaldas con mas señas de asombrados, que de temerosos.

Conocióse luego la causa de aquella novedad, porque llegó entonces el aviso que adelantó garcia de Holguin; y Hernan Cortes, levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el orígen de su felicidad, mandó luego á los cabos de su ejército, que se mantuviesen á vista de las fortificaciones, sin pasar á mayor empeño hasta otra órden; y enviando al mismo tiempo dos compañías de españoles al surgidero para que asegurasen la persona de Guatimozin, salió á recibirle cerca de su alojamiento, cuya funcion ejecutó con grande urbanidad y reverencia, en que obráron mas que las palabras las señas exteriores; y Guatimozin correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado para encubrir el despecho.

Cuando llegáron á la puerta se detuvo



el acompañamiento, y Guatimozin entró delante con la emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentáronse luego los dos, y él se volvió á levantar para que tomase Cortes su asiento, tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática diciendo: *¿que aguardas, valeroso capitan, que no me quitas la vida con ese puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una vez y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que me ha faltado la de morir por mi patria.*

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dijo lo demas el llanto, llevándose tras sí las cláusulas de la voz y la resistencia de los ojos: siguióle con menos reserva la emperatriz, y Hernan Cortes necesitó de negarse á las instancias de su piedad para no enternecerse. Pero dejando algun tiempo al desahogo de ambos príncipes, respondió á Guatimozin *que no era su prisionero, ni habia caido en semejante indignidad su grandeza, sino prisionero de un príncipe tan poderoso, que no tenia superior*

en todo el orbe de la tierra; y tan benigna, que de su real clemencia podia esperar, no solamente la libertad que habia perdido, sino el imperio de sus mayores, mejorado con el título de su amistad: que por el tiempo que tardase la noticia de sus órdenes, seria respetado y servido entre los españoles de manera, que no le hiciese falta la obediencia de sus Mejicanos. Y quiso pasar á consolarle con algunos ejemplos de coronas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para sufrir los remedios, y temió la empresa de reducirle sin mortificarle porque no se hiciéron los consuelos para reyes desposeidos; ni era fácil buscar la conformidad en el ánimo, cuando faltaba Dios en el entendimiento.

Era Guatimozin mozo de veinte y tres á veinte y cuatro años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales, que habilitaban á los nobles para subir al imperio. El talle de bien ordènada proporcion: alto, sin descaecimiento, y robusto, sin deformidad. El color tan inclinado á la blancura, ó tan lejos de la obscuridad, que parecia extrangero entre los de su nacion. El ros-

tro, sin faccion que hiciese disonancia entre las demas, daba señas de la fiereza interior, tan enseñado á la estimacion agena, que aun estando afligido no acababa de perder la magestad. La emperatriz, que seria de la misma edad, se hacia reparar por el garbo, y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, mas varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba menos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Motezuma, ó segun otros, su hija; y cuando lo supo Hernan Cortes repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la memoria de aquel príncipe. Pero le tenia cuidadoso la necesidad de volver á su ejército para que se acabase de rendir aquella parte de la ciudad, que ocupaban los enemigos, y cortando la conversacion, se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dejólos á cargo de gonzalo de Sandoval, con la guardia que pareció suficiente; y antes de partir, le avisáron que le llamaba Guatimozin, cuyo intento fué interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento *que no los maltra-*

tase ni ofendiese, pues bastaria para reducirlos la noticia de su prision. Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortes, cabiendo entre sus congojas este notable cuidado, verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasage, dispuso tambien que le acompañase uno de sus ministros, mandando por este medio á la gente de guerra, y al resto de sus vasallos, que obedeciesen al capitan de los españoles, pues no era justo provocar á quien lo tenia en su poder, ni dejar de conformarse con el decreto de sus dioses.

Estaba el ejército en la misma disposicion que le dejó Cortes, sin que se hubiese ofrecido novedad; porque los enemigos, que se retiráron al primer asombro en que les puso la prision de su rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozin; y apenas les intimó la órden que llevaba, cuando se acomodáron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Ajustóse, por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarma-

dos, y sin llevar indios de carga : lo cual ejecutáron tan apresuradamente, que ocupáron poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian, despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia ni mal pasage; y eran tan respetadas las órdenes de Cortes, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados que tanto los aborrecian.

Entró despues el ejército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad, y solo se halláron lástimas y miserias, que hacian horror á la vista y miedo á la consideracion, impedidos y enfermos, que no pudiéron seguir á los demas, y algunos heridos que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus enemigos. Pero nada fué de mayor espanto á los españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para celebrar despues sus exequias, de que resultaba un olor intolerable que atemorizaba la respiracion; y á la verdad tenia poco menos que inficionado el aire, cuyo rezelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortes, señalando su

cuarteles á gonzalo de Sandoval y á pedro de Alvarado fuera de aquel parage sospechoso; y dadas las órdenes que pareciéron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacan, llevando consigo el trozo de Cristóval de Olid, entretanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en órden á mantener lo conquistado, y atender á las demas prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso, como consecuencias de aquella felicidad.

Sucedió la prision de Guatimozin, y la total ocupacion de Méjico á trece de agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, dia de san Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne mártir, con título de patron. Duró el sitio noventa y tres dias, en cuyos varios accidentes, prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortes: el esfuerzo infatigable de los españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas concediendo á los Mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey,

hasta la última obligacion del espíritu y de la paciencia.

Preso Guatimozin y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, viniéron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes: unos á la opinion, y otros á la diligencia de las armas, y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el máximo emperador Cárlos Quinto á Hernan Cortes, no menos que otra corona, digna de sus reales sienes. ¡ Admirable conquista! y muchas veces ilustre capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros ejemplos en la historia.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE QUINTO TOMO.

CAP. XI. ALOJADO el ejército en Tezcuco vienen los nobles á tomar servicio en él. Restituye Cortes aquel reino al legítimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse. *Pág.* 1

CAP. XII. Bautízase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco; y sale con parte de su ejército Hernan Cortes á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una celada que le tenian prevenida los Mejicanos. 8

CAP. XIII. Piden socorro á Cortes las provincias de Chalco y Otumba contra los Mejicanos: encarga esta faccion á gonzalo de Sandoval y á francisco de Lugo, los cuales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador Mejicano. 17

CAP. XIV. Conduce los bergantines

á Tezcuco gonzalo de Sandoval, y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortes á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna. *Pág.* 26

CAP. XV. Marcha Hernan Cortes á Yaltocan, donde halla resistencia: y vencida esta dificultad pasa con su ejército á Tacuba, y despues de romper á los Mejicanos en diferentes combates, resuelve y ejecuta su retirada. 36

CAP. XVI. Viene á Tezcuco nuevo socorro de españoles. Sale gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco: rompe dos veces á los Mejicanos en campaña, y gana por fuerza de armas á Guastepeque y á Capistlan. 48

CAP. XVII. Hace nueva salida Hernan Cortes para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque. 60

CAP. XVIII. Pasa el ejército á Cuatlabaca, donde se rompió de nuevo á los Mejicanos, y despues á Suchimilco, donde sé venció mayor

dificultad, y se vió Hernan Cortes en contingencia de perderse. *Pág.* 72
CAP. XIX. Remédiase con el castigo de un soldado español la conjuracion de algunos españoles que intentáron matar á Hernan Cortes; y con la muerte de Xicotencal un movimiento sedicioso de algunos Tlascaltecas. 85
CAP. XX. Échanse al agua los bergantines, y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Córtes por la laguna, y rompe una gran flota de canoas Mejicanas. 97
CAP. XXI. Pasa Hernan Cortes á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoacan, Iztacpalapa y Tacuba, y en todas fué necesario el socorro de los bergantines; deja cuatro á gonzalo de Sandoval, cuatro á pedro de Alvarado; y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes. 107
CAP. XXII. Sírvense de varios ardides los Mejicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines; y Hernan Cortes padeció una rota de considera-

cion, volviendo cargado á Cuyoacan. *Pág.* 119

Cap. XXIII. Celebran los Mejicanos su victoria con el sacrificio de los españoles: atemoriza Guatimozin á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortes; pero vuelven al ejército en mayor número, y se resuelve á tomar puesto dentro de la ciudad. 133

Cap. XXIV. Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlatelulco. Retírase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad, y los Mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los españoles. 143

Cap. XXV. Intentan los Mejicanos retirarse por la laguna. Pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de Guatimozin; y finalmente, se consigue su prision y se rinde la ciudad. 158

Lyon, imprenta de C. Coque, calle del palacio del Arzobispo.

DICCIONARIO

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

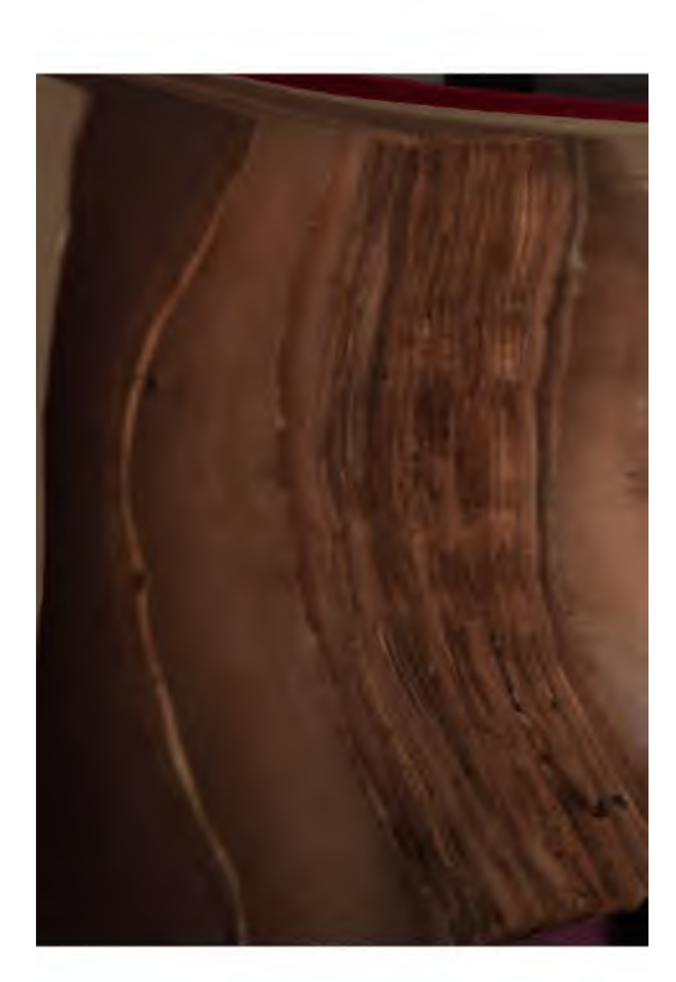
COMPENDIADO.

1826.









DICCIONARIO

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

COMPENDIADO.

1826.





